

La Ilustración Artística



Año XVI

BARCELONA 31 DE MAYO DE 1897

Núm. 805



ESTUDIO, acuarela de José Garnelo

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea. ¿Cual los mazos del batán?*, por Emilia Pardo Bazán. — *José de la Luz Caballero*, por la baronesa de Wilson. — *La castellana de Medialdía*, por Alejandro Larrubiera. — *Una boda*, por E. Zamacois. — *Exposiciones de Bellas Artes en París. Campos Eliseos y Campo de Marte*, por R. D. — *Nuestros grabados. — Miscelánea. — Problema de ajedrez. — Isabel, la de los cabellos de oro*, novela (continuación). — *Un teatro con dos plateas en Nueva York. — Vagones automóviles para ferrocarriles. Sistema Serpillet. — Utilización de las cataratas del Niágara.*

Grabados.— *Estudio*, acuarela de José Garnelo. — *José de la Luz Caballero. — Ascensión al monasterio de Meteorón. — El monasterio de Hagios Barlaam. — Nueva York. Inauguración del mausoleo erigido a la memoria del general Grant. — Una travesura*, cuadro de P. C. Chocarne-Moreau. — *¡Cuidado con mancharse!*, cuadro de C. B. d'Entraignes. — *Flores de primavera*, cuadro de A. E. Artigue. — *Entre el amor y el arte*, cuadro de A. Creswell. — *Sevilla. Las cogedoras de aceitunas*, dibujo de J. García Ramos. — *Catedral de Sevilla. En el patio de los naranjos*, dibujo de Manuel García Rodríguez. — *D. Juan Puig Marcel. — D. Fernando López Benedito. — Un teatro con dos plateas en Nueva York. — Figs. 1 y 2. Vagón de ferrocarril automóvil. — Una carreta salamanquina*, dibujo de Baldomero Galofre.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿CUAL LOS MAZOS DEL BATÁN?

Esta popular sentencia, que enseña que los nacidos reemplazan a los fallecidos, y cierto pasaje sublime de la *Iliada*, en el episodio del combate de Glauco y Diomedes, que viene a significar lo mismo, nos ofrecen un consuelo algo fatalista, al momento en que vemos caer y desaparecer a nuestros semejantes. El divino ciego de Esmirna lo dijo con su sencillez primitiva y su energía jamás superada:

«Como nacen las hojas en los bosques,
también nacen los hombres en la tierra.
Si unas hojas abate al suelo el viento,
otras nuevas la selva brota y cría,
haciéndolas surgir la primavera.
Esto mismo sucede con los hombres.
Una generación ahora se extingue,
y otra después florece...»

Pero... si en el bosque son iguales las hojas que despuntan cada abril..., los hombres — es el privilegio de nuestra raza — salen diferentísimos. Por eso no puede servirnos de consuelo, ni cosa que lo valga, el pensar que cuando ciertas hojas humanas se van, arrastradas por el cierzo frío del otoño, acudirán a sustituir las otras hojas muy parecidas a ellas por fuera, y diferentísimas por dentro... El hombre es una hoja, sí, pero una hoja con alma; «frágil caña, pero caña pensante», que decía Pascal.

Hay generaciones más fecundas, más copiosas de savia que otras; las hay robustas, gigantes, y las hay entecas y pigmeas: ¿quién duda que Alemania, por ejemplo, a fines del siglo pasado produjo una camada de titanes? No comparemos, pues, al juego de los mazos del batán, ni al sube y baja de los cangilones de la noria, este flujo y reflujo del género humano. Los *superhombres* ó *progenerados*, los genios y los semigenios, son un lujo que la naturaleza no despliega todos los días. Después de sacar de su ardiente horno una hornada exquisita, saca otras, sin color ni sabor, mal cocidas y desazonadas. No nos conformamos, no, tan fácilmente, si pierde sus hojas el árbol del arte y de la ciencia. ¡Sabe Dios cómo y cuándo reverdecerá!

* * *

Al escribir lo que antecede he estado pensando en D. José Feliu y Codina. Ha muerto este autor, tan simpático y que se había hecho popular tan pronto, dejando un hueco — bien aparente en la literatura dramática, — un vacío visible, como la mella en una dentadura compacta. Nos quedan dramaturgos que ya tienen un pasado gloriosísimo, y todavía no han cerrado el ciclo de su producción abundante y variada — y ya todos los que me leen han adivinado a Echeagaray; — nos quedan otros con alientos juveniles y estímulos de triunfos recientes; nos quedan, sí, acaso más en este terreno que en ninguno, mantenedores, ó, como ahora dicen, *campeones* nacionales; pero el lugar que Feliu y Codina se había conquistado era un lugar propio, aparte, definido, característico: tal vez pecaba, ó empezaba a pecar, de esto último: del carácter pintoresco tomado, no como fondo y medio, sino como asunto y fin último del drama. Mas su inteligencia y su buen gusto habrían puesto, a tiempo,

el límite allí donde era conveniente que se pusiese, y lo demás quedaba fiado a su inspiración, a su numen.

Tiempo tenía de reencarnarse, porque Feliu y Codina apenas llegaba a la madurez, y toda su fama se la había ganado desde hará cuatro ó cinco años; desde 1892, en que se estrenó *La Dolores*, perla del teatro de Feliu y del teatro español. Antes de esa fecha, Feliu era un autor estimado, un literato serio, selecto; pero la celebridad no le había salpicado la frente con la espuma de las marejadas impetuosas. Yo había asistido al estreno de *Un libro viejo*, creo que en 1891, y recuerdo que me agradó mucho el primer acto, y en general la traza del drama todo, y lo dije así en el *Teatro crítico*. Soy tan descuidada, que nunca tengo conmigo y a mano mis propios libros, de suerte que no puedo citar el texto; lo que sé es que Feliu y Codina me demostró gran reconocimiento por él, y que al estrenarse *La Dolores* en Madrid mostró empeño en que yo asistiese a la *première*. No me fué posible, y supe el feliz resultado por las alabanzas de la prensa. Sin embargo..., ¿cómo ocultarlo?, estas alabanzas no me impidieron suspender el juicio hasta ver por mis ojos qué era la guapa moza de Calatayud... No es que la prensa yerre por costumbre al elogiar: es que a veces comenta con las mismas frases, al parecer igualmente calurosas y encomiásticas, los verdaderos y espléndidos triunfos y los casi fiascos; es que hay giros y frases hechas con que la benevolencia periodística encubre las derrotas..., y es que, en lo teatral, la resolución definitiva queda siempre encomendada al público. Quise, pues, ver *La Dolores*, y la vi una noche en que estaba punto menos que desierto el teatro de la Comedia. Mi sorpresa, mi emoción fueron profundísimas. Aunque en Feliu y Codina, desde *Un libro viejo*, barruntase yo que había condiciones de dramaturgo, no podía haber adivinado que estallarían en creación tan genial, de una originalidad tan fresca, sentimental y castiza, de un romanticismo realista y popular tan hermoso. Salí del teatro entusiasmada, y poco después escribí de *La Dolores* algo que también tuvo la suerte de contentar a Feliu y Codina. Porque este excelente y malogrado autor (1) era modesto. Su modestia, ciertamente, no consistía en lo que creen muchas gentes que la modestia ha de consistir, a saber: en protestas de inferioridad y nulidad tan exageradas como artificiosas, en una actitud reservada é impasible ante los homenajes de la admiración, en toda esa comedia que debiera haberse desacreditado ya, y no obstante aún arranca aplausos; ¡tan cierto es que a la humanidad se la entretiene siempre con los mismos sonajeros y las mismas lilailas! La modestia de Feliu y Codina se revelaba precisamente en la espontaneidad y complacencia con que acogía el elogio, señal de que no despreciaba la opinión ajena; en lo que lo agradecía, señal de que no pensaba que se le debiese de derecho; y en la calma y apacibilidad con que recibía las observaciones, fundadas ó infundadas, demostrando perpetuo afán de adelantar, de perfeccionarse. Era difícil que, después del raro acierto de *La Dolores*, Feliu y Codina encontrase pronto otra joya equivalente. *Miel de la Alcarria* y *María del Carmen* no llegaron a *La Dolores*: se quedaron en fábulas interesantes, aplaudidas, con escenas de mucho efecto, maestras, que demuestran el gran instinto dramático patente ya en *Un libro viejo*. Mas ¿quién podrá asegurar que Feliu no tenía en su imaginación y en su mente repuesto de ideas y fuerza bastante para acertar otras veces del todo, como en *La Dolores* acertó? La gloria dramática de Feliu y Codina germinó tarde, y duró poco: cuatro años apenas disfrutó de la fama, de la consideración, de la popularidad, de esa seguridad moral que presta un primer golpe afortunado. Las obras que produjo después de *La Dolores* tampoco son caídas ni fracasos; y si lo hubiesen sido, eso no supondría que el autor no tuviese preparados brillantes desquites, pues en el teatro, ya se sabe, hay que contar una de cal y muchas de arena. Encantado ahora con la idea del regionalismo escénico, que resuelve tan lucidamente el problema de las decoraciones y los trajes y da forma especial al sentimiento, Feliu emprendería otros caminos, seguiría filones no explotados. El porvenir que ofrecía a Feliu tantas esperanzas, lo truncó una muerte súbita, brutal, una especie de mazazo ó puñalada traicionera... Y los que éramos amigos suyos — amigos de su musa, apreciadores de su carácter, — hemos sentido, al saber la desaparición de este catalán insigne, lo que se siente hallando rota y por el suelo el ánfo-

(1) Es muy frecuente ver usada con risible impropiedad la palabra *malogrado*. El escritor ó el artista que muere después de larga carrera y de dar su coeficiente máximo de trabajo, no puede decirse que se malogran. Feliu y Codina se malogró realmente; mas ¿quién no se asombrará al leer, como yo leí no hace mucho, que Zorrilla fué un poeta malogrado?

ra digna de un museo, el busto trabajado por primoroso cincel... El ingenio de Feliu no había rendido la cosecha que aguardábamos. Cuando hojas así caen de la rama, la tristeza del invierno se apodera de nosotros.

* * *

Ya que de autores y de teatros hemos hablado hoy, no quiero omitir una rectificación, enlazada con una de mis crónicas anteriores en que traté de D. Manuel Bretón de los Herreros. Recordaba en aquella crónica el epigrama sangriento que en un momento de impaciencia lanzó contra el autor de *Marcela* el autor de *La muerte de César*, y que empieza así:

«Una víbora picó...»

Pues bien; desde Rancagua (Chile) me escribe un suscriptor de LA ILUSTRACIÓN y lector de mis crónicas, el Sr. D. Patricio Venegas, para decirme, con suma cortesía, que la flor ó si se quiere el cardo de ese epigrama no nació en el jardín de Ventura de la Vega, sino que fué trasplantado del huerto del poeta francés La Martinière, donde brotó por primera vez en esta forma:

«Un gros serpent mordit Auréle.
¿Que croyez vous qu'il arriva?
Q'Auréle eu mourir? Bagatelle:
ce fut le serpent qui creva.»

Me doy prisa a declarar que ignoraba la existencia del epigrama francés, y por lo tanto me contaba en el número de los que creyeron original, y hasta improvisado, el de Ventura de la Vega. Por lo demás, el hecho no me sorprende: bastantes veces, leyendo libros franceses, encontramos en ellos cosas que después, transportadas a nuestro idioma por autores eminentes, pasan plaza de inéditas y nunca oídas. En cierta ocasión leí una crítica que ponía en las nubes una novela corta, muy dramática por cierto, de afamado novelista andaluz; y en lo que más insistía el crítico — francés por señas — era en el carácter *tout a fait espagnol*, castizo, neto, del asunto de la tal novela. ¿Qué diría el francés si supiese que la novela alabada por española no era sino el precioso cuento de Hipólito Lucas, titulado *El clavo*? Para diluirlo y vestirlo con el ropaje de su estilo mágico, no necesitó el novelista a que aludo ni aun saber francés, pues *El clavo* se publicó traducido por A. Magariños Cervantes en el *Museo de las familias* el año 1854. Retorciendo a los autores españoles que escribieron desde mediados del pasado siglo, sale jugo francés á chorros. Se dicen y escriben pestes contra Francia; se invocan los dioses de la patria á cada momento; pero no se evita esa influencia continua, honda, y á la larga (así lo creo), más bien provechosa que letal. Siempre que registremos y escudriñemos la literatura francesa nos admirará la persistencia y magnitud de su influjo irresistible. Lo que menos descubre la acción del genio francés sobre la inteligencia española son, si se quiere, merodeos y pecadillos de menor cuantía como el del epigrama de Vega; de superior importancia me parecen las grandes corrientes que arrastran a un escritor, que lo impregnan de pies á cabeza, haciéndole ser reproducción fidelísima, por supuesto involuntaria é inconsciente, del tipo de otro escritor francés, que ha deslumbrado su fantasía y se ha apoderado de su espíritu. Y este fenómeno se ha visto á cada momento. Aquí hemos tenido nuestros Alfonsos Karr, nuestros condes de Maistre, nuestros Dumas, nuestros Sué, nuestros llorones Lamartines... No hablo sino de lo que ya pertenece á la historia. Eran *pseudos*, pero en muchos resplandecía un talento superior a su molde, cualidades propias, que al fin y al cabo encontraron expresión adecuada y felicísima. ¿Qué culpa tiene nadie de que el pensamiento francés haya sido, desde hace cien años ó ciento cincuenta, más intenso, más rico, más vibrante, más original é innovador que el nuestro, como el nuestro tenía esa misma superioridad en el siglo xvii, y ellos nos imitaban, traducían y copiaban? Ni se crea que hoy dejan de hacerlo ocasionalmente..., y puede decirlo, verbigracia (es el primero que se me ocurre) Paul Ginisty...

Queda complacido mi corresponsal chileno, y sepa que en nada puede molestarme, al contrario, el que me digan (y tan respetuosamente) lo que no sé ó no recuerdo, que es harto más de lo que quisiera. El epigrama de La Martinière, al pronto, me sonó á cosa conocida; quizás lo hubiese leído ya sin fijarme en él, á pesar de la coincidencia con el de Vega; pero, en plata, tanto monta haber olvidado, que no haber sabido una noticia literaria. Lo único que le falta para llegar á sabio al que ha manejado y revuelto muchos libros, es memoria.

EMILIA PARDO BAZÁN

JOSÉ DE LA LUZ CABALLERO



JOSÉ DE LA LUZ CABALLERO

No existe cosa alguna más digna de brillar con todo su esplendor y majestuosa grandeza que la aureola inmortal, patrimonio augusto del genio, glorioso trofeo ganado muchas veces á costa de labores asiduas, de incansables desvelos, de no pocas amarguras, que más tarde inspiran respeto profundo y entusiasta veneración, nunca más justa que al tratarse de un sabio cubano, grande por su talento, insigne como educacionista, noble por sus altezas morales y de perdurable memoria por el caudal de conocimientos, todos consagrados al bien de la humanidad.

En el primer tercio de esta fecundísima centuria empezó á brillar en Cuba, su patria, José de la Luz Caballero.

Por temperamento laborioso, por aficiones especiales, por seriedad de carácter, desdeñoso de juegos infantiles, por espíritu singularmente observativo, crecieron y ensancharon en la mente del niño las grandes aptitudes intelectuales que desde entonces, y cada día en mayor escala, aparecen de relieve.

A los veinticuatro años ya desempeñaba la cátedra de filosofía en el colegio de San Carlos; hacíase notable en las tareas del profesorado, á las que rendía culto con infatigable perseverancia, y conquistaba voluntades por la provechosa influencia de su palabra.

El magisterio es un sacerdocio sublime, y de no haber seguido la carrera eclesiástica, primera aspiración de José de la Luz Caballero, á él consagró todas las hermosas facultades de su ser.

Su primer viaje á Europa obedeció á los ideales que para la enseñanza habíase forjado en la imaginación; en los grandes centros quiso buscar la realidad de las innovaciones soñadas. Fué amigo en aquella época del sapientísimo Humboldt, bebiendo en las ricas fuentes del saber humano cuanto el siglo XIX prodigaba en progresos científicos y en adelantos para la instrucción pública.

José de la Luz Caballero extendió el ya vastísimo campo de sus capacidades, y á su vuelta al suelo patrio, sin perder tiempo, llevó á terreno práctico cuanto creía era ventajoso para la primera y segunda enseñanza, siendo no sólo el perseverante apóstol, eficaz y benemérito, sino también el más ilustre de los cubanos por la iniciativa poderosa que le era característica, por el impulso que le debió la educación popular, por la trascendencia de su palabra en las cátedras por él creadas, en el gran centro de primera enseñanza del que era fundador.

José de la Luz Caballero tenía ideas tan fijas y arraigadas, que jamás en ellas hubo indecisión ni vaguedad, por lo que en sus apreciaciones brilla con purísimo relieve la precisión matemática, la lógica ajena á dudas ó errores.

Para juzgar aquella hermosa, nobilísima inteligencia y darse cuenta exacta de los altos méritos aquilatados en el eximio educacionista, fuera preciso leer sus escritos, fruto de los escasos instantes no dedicados á las tareas del magisterio. En aquellas expansiones del espíritu revélanse la hondísima erudición del sabio y las austeras nociones del filósofo.

Pero tan extremada consagración al trabajo y tan persistente laboriosidad mental debieron agotar la fuerza física y el brío moral de José de la Luz, hasta el punto que hubo de pasar dos ó tres años en forzado alejamiento de sus alumnos.

El estudio psicológico de aquella privilegiada individualidad nos demuestra que el reposo no se amalgamaba fácilmente con la inquietud de la imaginación, siempre creadora y por extremo opuesta á la inacción; así es que á pesar de no haber recobrado la salud, volvió á ejercer el profesorado, siendo doctísima y esplendorosa lumbrera en las polémicas públicas concernientes á la filosofía ecléctica.

Había en el ilustre antillano dos elementos siem-

pre en cruda guerra: la voluntariosa é inflexible aspiración al trabajo y la enfermedad que no cedía en su destructor empeño.

Por fin fué suyo el triunfo, y José de la Luz Caballero, apesadumbrado y cediendo á la fuerza de la dolencia, emprendió segundo viaje á Europa, necesario para restablecer su salud, y del que aprovecharon los enemigos de su talento y de su nombradía para poner en tela de juicio su acrisolada honradez y lealtad.

Ruda y amarga fué la prueba para el generoso corazón que sólo tenía apasionadas preferencias por el progreso, en la esfera intelectual, y únicamente abrigaba sentimientos inspirados en la sana razón y en la justicia.

Era en los momentos aciagos en que descubierta una conspiración de la raza africana contra la blanca, se procedía á formar la correspondiente causa.

¿Por qué lamentable amaño se envolvió en ella el nombre del ilustre pensador? ¿Por qué se inició algo como acusación contra José de la Luz Caballero, adalid del saber y mentor de la juventud?

Lo cierto de ello es que á todas luces resultó la intriga contraproducente, y por consecuencia lógica no consiguieron sus émulos otra cosa que aumentar el prestigio del docto educacionista, provocando ruidosas demostraciones de admiración y de cariño en todas las esferas y sin distinción de partidos.

Consignaremos un rasgo, un detalle gráfico que retrata lo elevado del carácter, la pureza y tranquilidad de la conciencia y la confianza que su propio comportamiento le inspiraba á José de la Luz Caballero.

Atendía al recobro de su salud y acariciaba risueñas esperanzas de encontrarse en breve al lado de sus discípulos, cuando recibió con la noticia del suceso político los edictos que le emplazaban á término perentorio.

En caso idéntico, tal vez otro hubiera temido el resultado de tamaña arbitrariedad; pero el recto y honradísimo cubano, seguro de su inocencia y fiado en su popularidad, no vaciló ni tardó en presentarse más que los días estrictamente necesarios empleados en el viaje de Europa á la Habana.

El éxito no era dudoso, y por sí solos se derrumbaron los cargos que no habían tenido base para formularse, quedando incólume la fama de José de la Luz y humillados sus detractores.

Después, y con mayor ahinco, volvió á sus queridas tareas escolares; á sus libros, amigos fieles del filósofo; á sus plantas, que tenía particular esmero en cultivar, y á la vida íntima con los niños, que eran su universo.

Hay un sitio en la Habana por demás pintoresco y alegre como alborada primaveral, lleno de flores y rico en perspectivas; allí, en el Cerro, estableció, creó un colegio, «El Salvador,» adonde acudieron numerosos alumnos que las familias del más alto linaje, las de la clase media ó más modestas, conocidas y apreciadas por sus virtudes, confiaban á la hábil dirección intelectual de José de la Luz Caballero para que transformara los niños y adolescentes en ciudadanos útiles para la patria y provechosos para la civilización.

Lejos del bullicio social y ajeno á las ambiciones vulgares, enseñaba con elocuentísima palabra, descubriendo horizontes científicos y filosóficos desconocidos para muchos en aquella época.

La casa del docto maestro era un oasis risueño y apacible, frecuentado por admiradores y amigos, y las francas manifestaciones de cariñoso respeto fueron siempre la inefable recompensa y la satisfacción más cumplida para el anciano.

En tales horas mostrábase contento, feliz, benévola sonrisa iluminaba su semblante y reflejábanse en sus ojos la expresión juvenil.

Precisamente cuando todo le sonreía, cuando su ánimo tranquilo subyugaba al físico abatido por los achaques, sobrevino un suceso tristísimo, una desgracia irreparable, un dolor intenso que amargó la existencia de José de la Luz, destruyendo de un golpe su ya cansada y débil naturaleza.

Tenía una hija única idolatrada, rayo de sol en todas sus tristezas, esperanza y aliento de su vejez. La muerte le arrebató aquel ser que era su ángel de consuelo, la vida de su vida, y desde entonces encerró en sí mismo el agudo sufrimiento, tornándose huraño, sombrío é indiferente á cuanto le rodeaba.

Ni aun pensó en combatir el mal físico; ¿para qué? La herida moral era tan honda que todo resultaría deficiente para cicatrizarla.

Poco á poco se le vió languidecer, extinguirse, morir. Su fallecimiento debió causar inmensa sensación. La juventud respetaba tanto al noble mentor y amábase con tan singular cariño, que el duelo fué general.

Los funerales revistieron la pompa y solemnidad debida á los merecimientos de José de la Luz Caballero, que de tal modo había cumplido su misión en la tierra, que debía considerársele como una gloria nacional.

Las autoridades, las corporaciones, todas las clases sociales acompañaron y rindieron el último tributo al noble cubano.

Aquellas simpatías que públicamente se manifestaban fueron una grandiosa apoteosis, y la presente generación guarda como recuerdo bendito y eterno las sabias enseñanzas del profesor egregio.

BARONESA DE WILSON

LA CASTELLANA DE MEDIALDÚA

LEYENDA

I

¡Pobre castellana de Medialdúa!

Desde la torre de honor de tu mansión que en lo alto de la montaña parece desafiar al cielo, miras con melancólica amargura á las humildes golondrinas, mucho más felices que tú por cuanto no tienen un tirano que las sujete.

¡Cuántas veces á la hora en que la iglesia llama á tus vasallos á la oración has apoyado tu cuerpo en una de las barbacanas, y tus ojos impregnados de lágrimas han vagado por la feraz campiña que á lo lejos limita una montaña tras de la cual el sol se hunde.

Al pie de tu castillo resuena en la callada noche una canción de amores.

¡Escúchala, castellana de Medialdúa!

Se trata de un amante incógnito por el que suspiras con tristeza.

Escuchas atenta, murmuras no sé qué frase, sonríes, y al volver el rostro te encuentras con la cara hosca y ceñuda del conde, tu marido: al verle lanzas un grito y huyes de su presencia con el azoramiento de la paloma que divisa al gavilán.

¡Pobre castellana de Medialdúa!

II

Feo, enano, patizambo, cargado de espaldas era Zario, el bufón de los señores de Medialdúa.

Si de él nadie en el castillo hacía caso, él en cambio refase de todos y odiaba á todos, excepto á doña Luz, su ama y señora.

Por ésta sentía el estrambótico Zario amor tan grande que degeneraba en locura.

Viéraisle acurrucado como un perro en un ángulo de la estancia de doña Luz, fijos los ojos en ésta, mientras que sus labios temblaban perceptiblemente; viéraisle á la hora en que nadie podía observarle, arrastrándose por el suelo como un reptil, ir besando

los sitios en donde posó sus plantas la bella castellana; viéraisle, en fin, pasar las noches en vela, tendido á lo largo cerca de la puerta del dormitorio señorial, escuchando atento el débil respirar del sueño de la condesa, y de seguro tendríais lástima infinita de aquella caricatura de hombre que tal pasión animaba.

Muchas veces Zario tuvo ideas espantosas. «¡Si yo estrangulase al conde y me apoderase de doña Luz,» pensaba. Y de su garganta escapábase un grito gutural, abríanse desmesuradamente sus ojos y temblaba como un epiléptico... Sentía horror de sí mismo.

Algunas mañanas le sorprendió la gente del pueblo mirándose atento en la corriente del río.

Amenazaba al líquido espejo, como si éste tuviera la culpa al retratar á Zario de copiar su deforme y risible persona.

Odiaba á la humanidad. Si él fuera un hombre de la presencia de aquellos otros que vivían en el castillo, tendría el consuelo de la esperanza: doña Luz podría corresponder á su amoroso anhelo; pero, así, más parecido á un sapo que á un ser humano, no podría esperar otra cosa que una piadosa compasión.

De día en día el fuego pasional tomaba más incremento en el pecho del enano: que no hay huracán que levante en un fuego llama más alta que la del amor no correspondido.

Una tarde, á tiempo de anochecer, subió el enano á la torre del castillo y oyó la trova de aquel misterioso enamorado de doña Luz.

Al oír aquellos acentos amorosos, sintió ira y desconsuelo: los celos claváronsele como puñales en el pecho: otro hombre amaba á su ídolo: se asomó Zario á la barbacana á trueque de estrellarse, y vió al pie de la fortaleza al incógnito cantor: un mozo que llevaba con gallarda altivez su ropilla de hidalgo pobre.

— ¡Diera mi alma al diablo por ser como ese hombre!, gruñó rabiosamente el bufón.

Aquí el cronista, abriendo un paréntesis á la leyenda, jura por su hombría de bien que al acabar de decir Zario la frase arriba copiada, apareció en la plataforma un hombre misterioso vestido de rojo y de ceño tan terrible que el enano, atónito y asustadizo, cayó suplicante de rodillas.

— ¡Levanta! ¡Me has llamado y aquí me tienes!, dijo con acento intraducible la visión.

— Pero ¿tú eres el diablo?, tartamudeó Zario.

— ¡Di lo que quieres de mí!

— ¡Ya lo has oído!, balbuceó el bufón levantándose.

— Esta noche se realizarán tus deseos...

— ¿Sí?, le interrumpió el enano chispeándole los ojos de alegría.

— ¡Sí!, afirmó el caballero de lo rojo; pero te advierto que mañana al amanecer tu cuerpo estará colgado de una de estas almenas.

— ¡No importa!, advirtió Zario con resolución. ¡Es más grande el placer de ser amado un segundo por doña Luz, que arrastrar una vida tan miserable como la que arrastro!..

III

La austera habitación de la condesa débilmente iluminada por los destellos de una lámpara de plata, antojábasele á Zario un trozo del cielo que con entusiástica fe describía el capellán del castillo.

Doña Luz, trémula, encendida la faz por la llama de la verecundia, respiraba con anheloso ritmo, y sus ojos animados por la pasión fijábanse en los de su galán, que no menos trémulo y ansioso describía con frases ardientes el amoroso entusiasmo de que se hallaba poseído.

Y aquel amante que así hablaba y tal se veía no era otro que Zario, trocado su cuerpo giboso y repugnante en seductor y garrido, su cara mal pergeñada en rostro varonil, su ropilla bufonesca en vestido riquísimo de caballero.

¡Pobre escarabajo trocado en mariposa!

Olvidábase de su pristino estado y condición, y entregábase, como si dispusiera de una vida felicísima, en brazos de aquella grande ansia suya de verse amado por la altiva castellana de Medialdúa.

Ya se habían convertido en realidad sus locos antojos: él, el bufón del castillo, el ser más despreciable por su mísera condición y el más repugnante por su facha, veíase á los pies de doña Luz recogiendo de sus labios ternísimos suspiros de amor con que correspondía á sus protestas la que olvidando su rango y sus deberes sólo parecía vivir para aquella pasión criminosa.

Hora de amor que fué fugacísima para el miserable bufón y para la castellana hambrienta de cariño, porque cuando mayor era el torrente pasional que por boca y ojos vertía el alma de Zario, presentóse en la estancia, lívido y tembloroso, iracundo y terrible, el Sr. de Medialdúa.

A su presencia lanzó un grito de terror doña Luz, y Zario, espantado, quedóse de rodillas ante la condesa, mientras que el ultrajado conde avanzaba implacable como la fatalidad hacia los culpables.

En aquel momento de suprema angustia vióse Zario tal como fué siempre: un bufón que excitaba la risa con su giba de dromedario y sus muecas de orangután: sintió desvanecida la imponderable ventura gozada y tembló de rabia y de miedo.

A costa de su vida había logrado la metamorfosis que le hizo alcanzar el único momento de felicidad que como un rayo de luz irradiaba sobre su pasado tenebroso y triste.

¡Moriría! Y sus labios orlados de espuma dieron paso á un gemido como de lobezno moribundo.

Aquí el cronista vuelve de nuevo á jurar por su hombría de bien que ignora la dramática escena que debió mediar entre los protagonistas del lance que cuenta.

Y sigue:

«La tradición afirma como verídico que la condesa de Medialdúa perdió su lucidez de ideas y que Zario fué ahorcado y colgado su cuerpo de una almena para escarmiento de villanos que pongan sus osadas miras tan en alto cual las puso el muy desdichado bufón, cuyo cuerpo gentil, una vez salida de él la ánima que Dios le plugo concederle, trocose en lo que en sí era de raquíptico, contrahecho y abominable.

«¡Grande fué el castigo decretado por la Providencia, y es fama que en el señorío de Medialdúa, hombres y mujeres recuerdan siempre con espanto lo acaecido, y no osan — temerosos de tan terrible fin — romper con criminales antojos el lazo indisoluble y santo del matrimonio...»

ALEJANDRO LARRUBIERA

UNA BODA

El almuerzo fué espléndido, como no podía menos de serlo estando las cocinas á cargo del Sr. Isidro, el rico choricero de la Macarena, una calle de Sevilla larga, estrecha y torcida como la vaina de un alfanje.

Se comió bien, se bebió mucho y de lo más exquisito que producen los famosos viñedos de Montilla, hubo quien vació una botella de Jerez en un plato hondo para beber mejor, y parejas retozonas que bailaron hasta caer en el suelo rendidas de cansancio, y mujeres ataviadas con el clásico mantón de Manila que cantaron malagueñas, y hombres borrachos de vino y de alegría que las jalearon hasta ponerse roncós.

Los novios, en honor de los cuales se celebraba tan risueña batahola, fueron los que tomaron una parte más activa en la fiesta. Ella era una muchacha alta, vistosa, con esa belleza basta, pero incitante, de las mujeres andaluzas, y que al bailar entornaba los ojos y entreabría los encendidos labios como si las cadencias de la música hicieran en los profundos de sus entrañas de virgen ardiente inexplicables cosquilleos. Y él, un mozo garrido, fuerte y bronceado por los aires del campo y el sol de la tierra, que cuando miraba de cerca á aquella niña tanto tiempo deseada, parecía poner en los ojos el corazón y todo el fuego de su sangre.

Se brindó á la salud de los amigos ausentes; alguien recordó el nombre de uno que había fallecido algunos meses antes, y á varios viejos que por sus muchos años no podían resistir tranquilos los traidores halagos del vino, se les agitó los ojos y se secaron las húmedas mejillas con el dorso de la mano, haciendo unos visajes que tanto parecían producidos por un dolor real como por una borrachera incipiente, y que lo mismo podían inspirar pena que risa; se dieron ¡vivas! frenéticos á los novios, se bendijo, según es de rúbrica en casos tales, al cura que les bautizó, á la madre que les parió y á la partera que les envolvió en pañales; todos hablaban y reían sin tino, embriagados por esa felicidad indefinible que, cuando estamos bien dispuestos, nos inspira la alegría de los demás, y que entonces se desbordaba en medio de aquella pradera exuberante de vegetación y bajo un cielo azul que arrojaba torrentes de calor y de luz.

A las siete de la tarde la comitiva emprendió el regreso á la ciudad: al principio todos caminaron en grupo; pero después los años y las aficiones de cada uno, y sobre todo el vino que entorpecía las piernas, fraccionó la boda en multitud de grupos: los viejos quedaron á retaguardia, la gente moza corría y bailaba cogiéndose por las manos, y ellas reían huyendo de los hombres que las perseguían, haciéndolas cosquillas; los enamorados caminaban solos, pensando en sus bodas y en lo mucho que aquel día habían de divertirse; delante de todos iban Felicidad y Manuel, los novios, que avanzaban como si tuviesen alas en

los pies, arrastrados por aquel vehemente deseo, tanto tiempo contenido, de verse solos: ella reclinaba su hermosa cabeza, adornada de encendidos claveles, sobre el pecho palpitante del joven, y Manuel le estrechaba la cintura, diciendo que la quería con toda su alma y que daría su sangre por ella.

— Quisiera, aseguraba el mozo en su media lengua andaluza, que se presentase un peligro; ¡verías tirarme á él como una fiera *pa* librarte á tí!..

Y en el mismo instante, como si aquellas palabras hubiesen sido un conjuro, la boda se detuvo obedeciendo á un movimiento instintivo, al ver varios bultos que la distancia impedía reconocer y que avanzaban por la carretera envueltos en una densa nube de polvo: luego se oyeron voces ahogadas, como de gentes á quienes la fatiga impide hablar, y después apareció, destacándose súbitamente de aquella polvareda, un hermoso torazo negro, con las narices hinchadas y la mirada ardiente, y á quien perseguían un picador y varios hombres de á pie.

El efecto producido entre los de la boda por la súbita aparición del terrible cornúpeto, fué indescriptible; se extinguieron las risas y la general borrachera se disipó.

— ¡Un toro, un toro!, gritaron muchas voces.

Unos se lanzaron á través de los campos, confiando á la agilidad de sus piernas, estimuladas por el poderoso acicate del miedo, la salvación de su vida; las mujeres se echaron de bruces en las cunetas del camino, y algunos, más borrachos á más serenos, se dispusieron á sortear al toro con sus chaquetas.

Pero al animal sólo le había llamado la atención el mantón de Felicidad, aquellas flores amarillas que se destacaban poderosamente sobre un fondo encarnado; la impresión que en su fiero instinto causaron los dos colores nacionales fué tan viva, que detuvo un instante su veloz carrera y luego se precipitó sobre la joven con la cabeza baja, lanzando un bramido de rabia.

— ¡Húyete, húyete!, gritó el picador.

Ella dió un salto, y guareciéndose detrás de un olivo, exclamó angustiada:

— ¡Sálvame, Manolo!

Pero éste, que olvidándose de sus promesas en el instante de presentarse el peligro, sólo había procurado por su persona, ya estaba encaramado en el árbol, y sin moverse miraba pálido de miedo la terrible escena.

De la primera embestida del toro pudo librarse la joven sirviéndose del tronco del olivo como de un burladero; después, con una increíble presencia de ánimo, empezó á correr alrededor del árbol, salvando el cuerpo de las furiosas embestidas del animal, cada vez más empeñado en hundir la cabeza en aquel pedazo de trapo encarnado salpicado de manchas amarillas, cuyos flecos le hacían cosquillas en el hocico, y mientras huía daba gritos apostrofando al cobardón que la había abandonado.

— ¡Pillo, miedoso, decía, si no sirves *pa* na!..

En esto llegaron los laceros y lograron sujetar al toro, maniatándole fuertemente.

Esta escena, que apenas duró medio minuto, la presenciaron todos desde las posiciones que cada cual adoptó para escapar mejor, y al convencerse de que el peligro había desaparecido, se apresuraron á acercarse á la joven tan milagrosamente salvada: unos la abrazaron y las mujeres la besaron llorando y la obligaron á beber algunos sorbos de agua para serenarse. Mas ella estaba tan furiosa que el coraje le impedía reflexionar en el peligro pasado, y continuaba abrumando á su marido con el peso de sus improperios.

— ¡Cobarde, gallina, si no he de volverte á mirar á la cara; si merecías vestirme por arriba!.. ¿Quieres quitarte los pantalones y ponerte mis enaguas?..

Entonces los concurrentes levantaron la cabeza y estalló una carcajada general.

— ¡Vamos, hombre, exclamó el Sr. Isidro; eso no lo hace *nai*de!..

— Yo no lo hubiera hecho.

— ¡Ni yo!..

Y todos hablaban mirando á Manuel, que aún seguía encaramado en el árbol, y zahiriéndole más con los ojos que con las palabras.

— ¡Eres un cochino!, dijo ella.

— Ha *cio cin* querer, repuso el interpelado: los malditos nervios...

— ¡Un cobarde!

— Te diré..., un *gayo* puede huir de un perro y no ser por eso una *gayina*...

— ¡Un mandrial!..

— Lo que tú quieras, reina.

— Y es tan grande el desprecio que me inspiras, agregó Felicidad poniéndose en jarras y mirándole con ademán provocativo, que desde hoy no he de mirarte más á la cara. ¡Puf, que asco!.. (Y escupió).

Digo..., que si me dicen que mi novio iba á huir de un toro, así, dejándome fuera del *burlaero*, cualquier día deo yo que nos echen las bendiciones...

Y cuando todos creyeron que estos insultos habían acabado de aniquilar al pobre Manolo, oyeron que éste respondía con la parsimonia característica de esos andaluces de buena pasta que nunca se corren:

— ¡Pues... *arma mía*; haberte *cazao* con Mazantini!..

E. ZAMACOIS

EXPOSICIONES DE BELLAS ARTES EN PARÍS

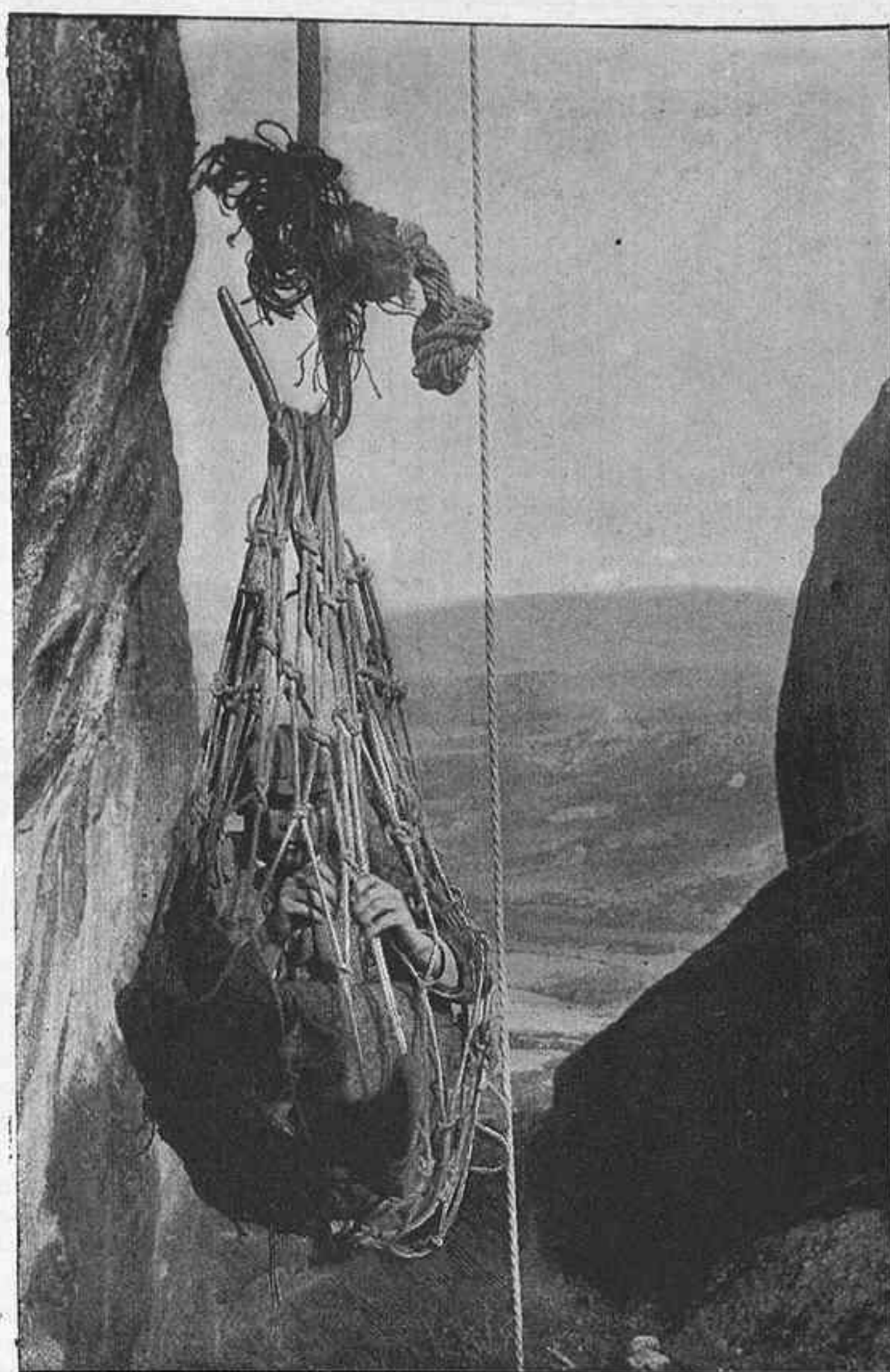
CAMPOS ELÍSEOS Y CAMPO DE MARTE

Como todos los años el acontecimiento dominante en estos últimos días ha sido la apertura de los *Salones*; el espectáculo, ó mejor, espectáculo del barnizaje en el Palacio de la Industria y en el de las Bellas Artes, por partida doble en uno y otro local, han puesto en movimiento á *todo París*.

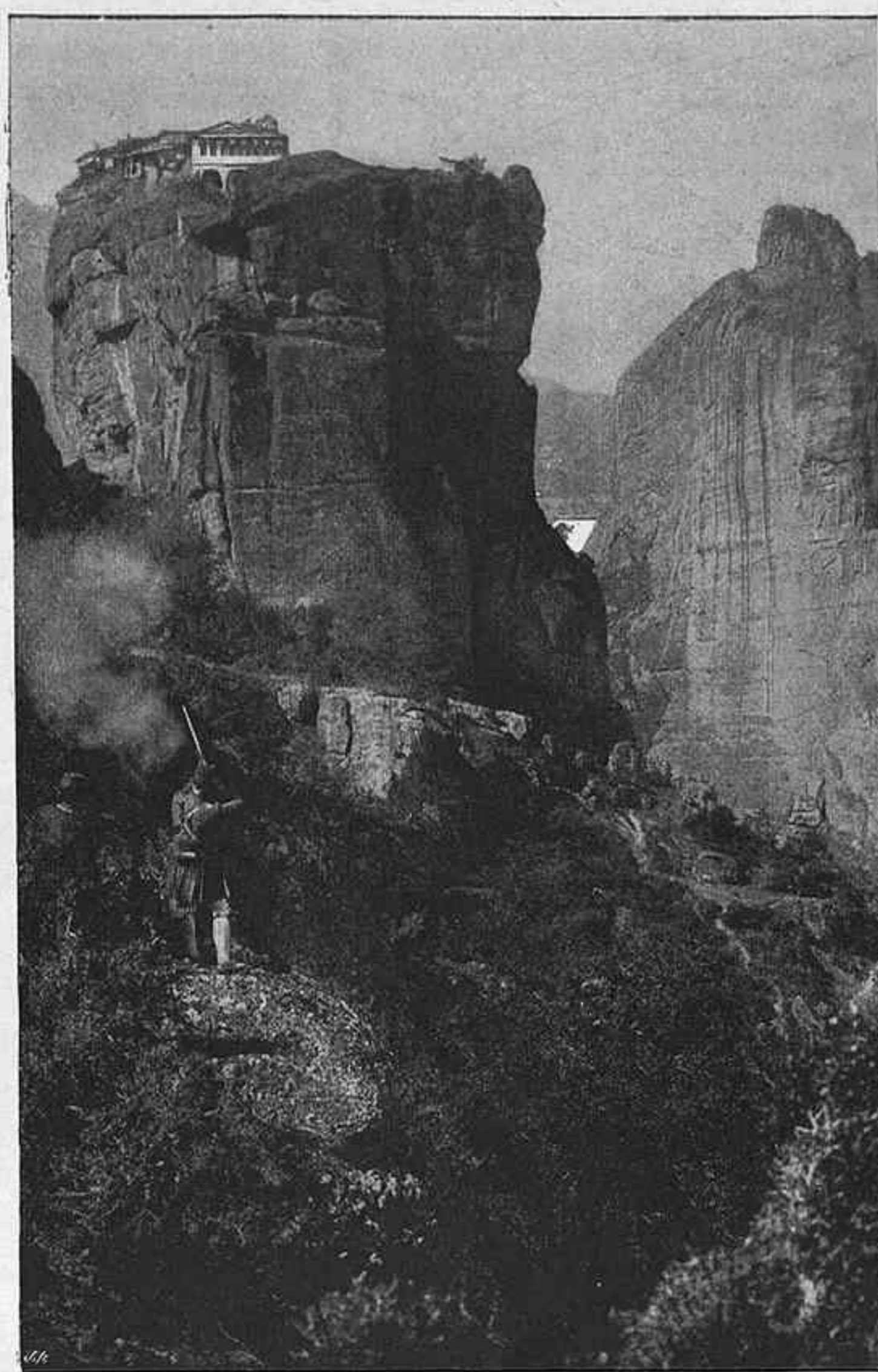
La alta sociedad que asiste á esas solemnidades como á un

estreno en un teatro y que son motivo de una exhibición de ricos, caprichosos y elegantes trajes y sombreros, se ha confundido con la turbamulta de artistas, de aficionados, de curiosos,

mera galería de la torre Eiffel, forma parte integrante de la fiesta del barnizaje en el Palacio de la Industria ó en el de las Bellas Artes del Campo de Marte.



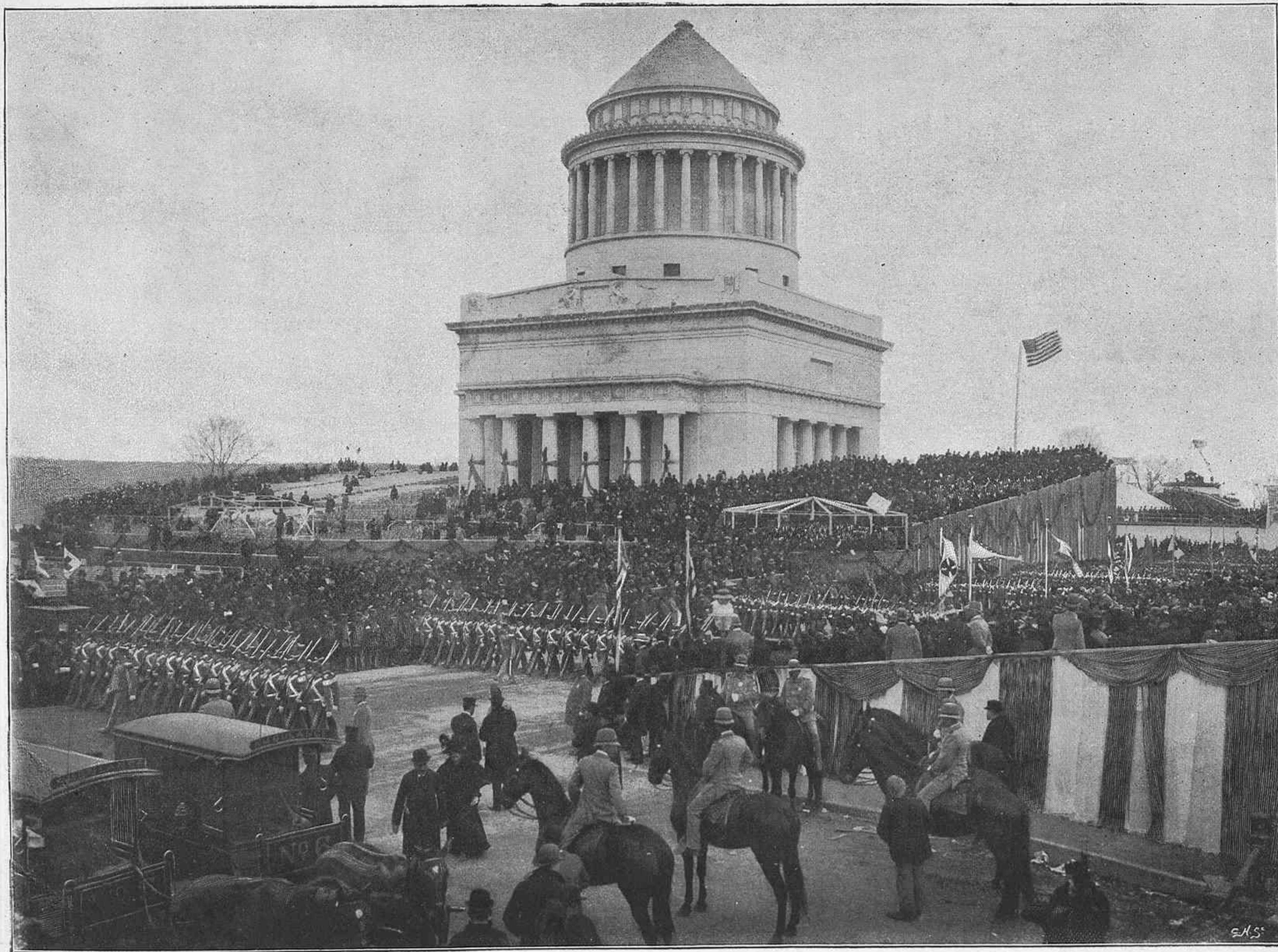
ASCENSIÓN AL MONASTERIO DE METEORÓN, situado en lo alto de una montaña de la frontera turco-griega



EL MONASTERIO DE HAGIOS BARLAAM, situado en lo alto de una montaña de la frontera turco-griega

de *snobs* y de indiferentes que han llenado las salas de una y otra Exposición. Como todos los años, la primera visita á ellas ha consistido en dejarse llevar por el oleaje de la multitud de una y otra sala, ser estrujado, sufrir pisotones y contemplar en vez de cuadros el remolino de plumas y flores, producido por los desmesurados y extravagantes sombreros con que la moda corona á las parisenses de este fin de siglo. Las obras expuestas, las que se alcanzan á ver en parte, pasan como un torbellino, visión vaga, indecisa, de imágenes disparatadas é inconexas, quedando en la retina la impresión de una escena cinematográfica, incoherente, atropellada y absurda. Esto dura hasta tanto que, inconscientemente, el espectador se halla descendido en la gran sala de la Escultura, donde deshechos los apretados haces de la muchedumbre, respira aire, si no puro, menos viciado, y reposada la vista, se dedica á contemplar la legión de bustos colocados en correcta formación, de las estatuas, grupos y monumentos que pueblan el inmenso espacio de la sala central.

El almuerzo en uno de los *restaurants* de los Campos ó en la primera galería de la torre Eiffel, forma parte integrante de la fiesta del barnizaje en el Palacio de la Industria ó en el de las Bellas Artes del Campo de Marte.



NUEVA YORK. - INAUGURACIÓN DEL MAUSOLEO ERIGIDO Á LA MEMORIA DEL GENERAL GRANT

Por la tarde aumentan, si cabe, el bullicio, las aperturas y la animación: este año ha sido extraordinaria la concurrencia en los Campos Elíseos con motivo de despedirse los parisienses del Palacio de la Industria, en donde desde 1855 tantas y tantas manifestaciones han verificado las artes todas, y tantas fiestas y espectáculos contempló París en esos cuarenta y dos años últimos.

La próxima Exposición Universal destruye el edificio levantado por Napoleón III; y ya en funciones la piqueta demolidora, el Salón actual ocupa solamente la mitad de él. Dentro de tres años una nueva y monumental fábrica albergará, si cabe, á las obras de arte que en número cada vez más imponente se presentan todos los años á la vista del público.

La falange de pintores, sobre todo, aumenta de modo asombroso; el ejercicio de la pintura se ha convertido para muchos, como dice un revistero de aquí, en un *sport* agradable y nada peligroso. Así es que en uno y otro *salón* se produce todos los años una verdadera inundación de tela pintada, ya por artistas de profesión más ó menos dignos de este nombre, ya por simples aficionados.

El verdadero artista en los tiempos que corremos, sin ideal concreto que le estimule y le dirija, y con que responder á un sentimiento social, se acoge á las Exposiciones como único medio de comunión con los más; solo recurso de que dispone para ser comprendido, á pesar de la indiferencia y escepticismo propios de estos momentos, y así son los certámenes modernos cada vez más verdaderos mercados; ferias anuales en donde ofrecen algunos rasgos de verdadera sinceridad artística; otros, los más, productos debidos á la hábil labor del *virtuoso*; y muchos, rebuscamientos, si no exageraciones y excentricidades para singularizarse entre los kilómetros de tela pintada ó las toneladas de mármol, bronce ó barro esculpidos.

Sin embargo, en esas exhibiciones tumultuarias del arte no hay en suficiente número obras inspiradas por ideales nobles y elevados, afirmándose la belleza aun en una sociedad indiferente y desdenosa de los gozes del espíritu.

Bien sabido es de todos en qué difieren las dos manifestaciones del arte que desde hace algunos años se verifican en París. El elemento oficial, la tradición, la escuela y el rutinario procedimiento de las medallas viven en el Palacio de la Industria; tendencias, si no opuestas, más expansivas y un espíritu nuevo, más moderno, predominan en el Campo de Marte. Hállanse, pues, en aquél las obras que puede decirse representan al Instituto. *La huida de Egipto* y la *Entrada*



UNA TRAVESURA, cuadro de P. C. Chocarne-Moreau
(Salón de los Campos Elíseos de París. 1897)

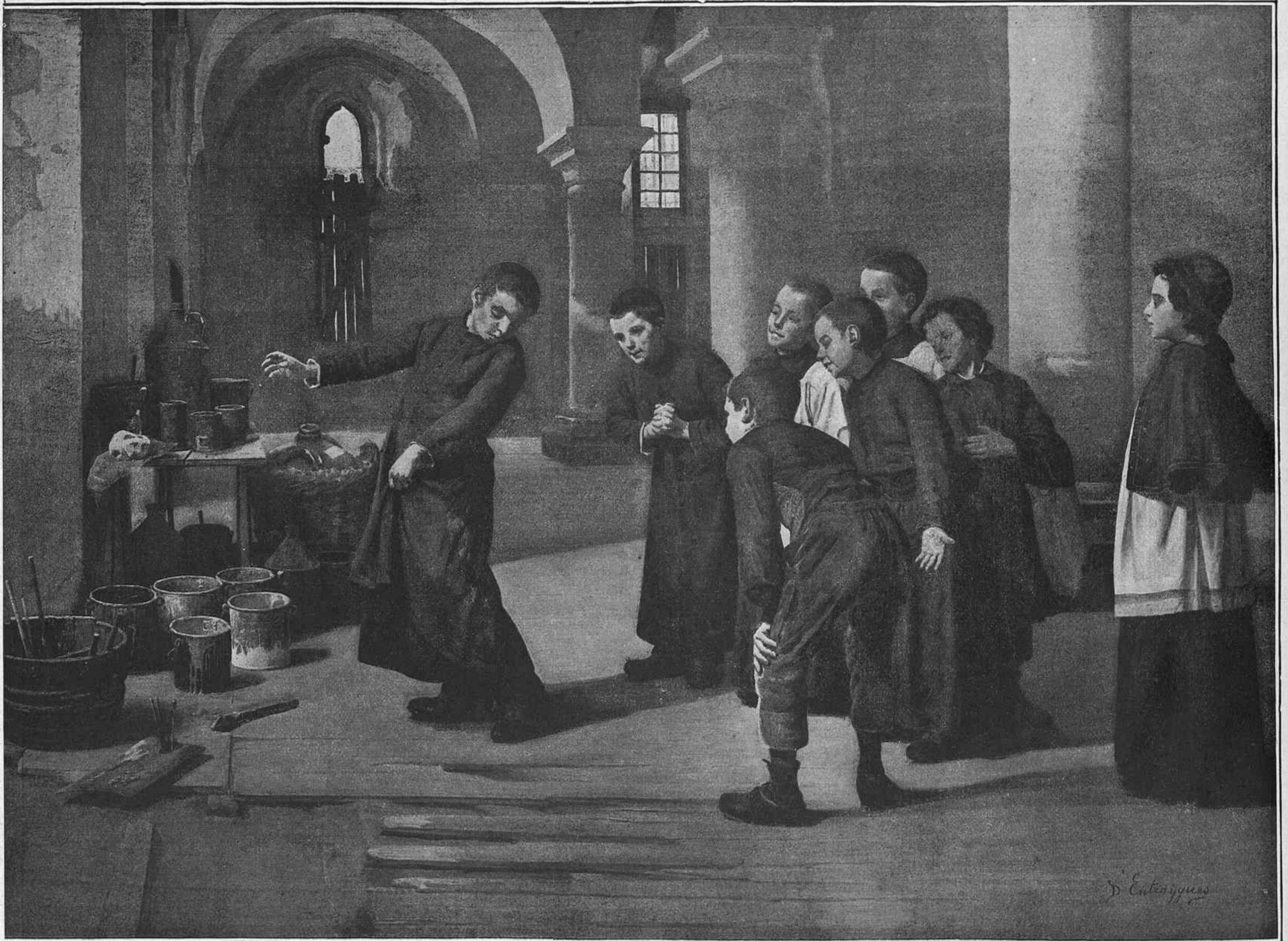
Merecen también especial mención *Una travesura*, de Chocarne Moreau, escena perfectamente observada; *¡Cuidado con mancharse!*, de C. B. d'Entraygues, composición de dibujo y color acertadísimos; *Flores de primavera*, de A. E. Artigue, cuadro de encantadora poesía, y

de Jesús en Jerusalén, de Gerome; *Compasión*, un Cristo en la cruz que mira piadosamente á un desgraciado, y *Herida de amor*, una jovencita flechada por Cupido, de Bouguereau; los retratos pintados por B. Constant del duque de Aumale y del ricacho M. Alfredo Chauchard; el de M. Bertrand, por Bounat; otros de Julio Lefebvre, de P. Dubois; los *Funerales de Pasteur*, obra de Detaille, y una tela de grandes dimensiones de Juan Pablo Laurens: esta última tal vez es en pintura la obra más saliente entre las del grupo oficial.

La Noche y Tentación de San Antonio son dos cuadros que por la unidad obtenida y la solidez con que están pintados ponen á su autor, Dantin Latour, por cima de todos en este salón; en cambio, H. Martin, artista joven todavía y de grandes cualidades, demostradas en otras obras, ha dado un traspies con su alegoría fantástica *Hacia el abismo*.

El cuadro de nuestro compatriota el pintor valenciano Sorolla *Costiendo la vela*, por su ejecución franca y habilísima es considerado como una de las notas salientes de este año: sólo sus dimensiones no están en relación con el interés del asunto. Parecidas cualidades, aunque de tonalidad y carácter muy distintos, presentan dos cuadros de J. Bail, una mujer vertiendo vinagre en un tarro de pepinos y unos chicos que en una cocina juegan á las cartas, fuman y beben, escenas pintadas con pincelada amplia y jugosa, produciendo una entonación armónica y fina como en el mejor cuadro holandés.

Por la sobriedad en los medios empleados y el interés de la composición hay que citar el cuadro de Struys *Consolar á los afligidos*. En cambio los dos de Roybet *Portaestandarte* y *Felipe Chuvier* pueden citarse como ejemplos de la habilidad material, exenta de todo pensamiento, de ninguna pasión artística, puro virtuosismo; y al contrario, pueden citarse *El Sinal* y *Cristo*, de Destrem, como dos obras de un artista modesto y sincero, impregnadas de una melancolía que conmueve. En este concepto hay que hacer mención del interior de San Germán Auxerrois, de Sabatté; de dos cuadros de Dierk *Los Abandonados* y *La comida en un asilo de niños*; de *Una vocación*, de la señorita Blanca Noriac y de *La Crèche de Geoffroy*. Aunque más presuntuosa la obra de H. Cain *El triunfo del oro*, merece también un aplauso.



¡CUIDADO CON MANCHARSE!, cuadro de C. B. d'Entraygues (Salón de los Campos Elíseos de París. 1897)

Entre el amor y el arte, de A. Cresswell, lienzo inspirado en un hermoso pensamiento. Estas obras las reproducimos en las páginas 358 y 359.

En oposición á esas escenas, pueden ponerse las telas que conmemoran la visita de los Emperadores de Rusia, la llegada del tsar, el tsar en la Academia, el tsar, etc., etc., y el pequeño cuadro de Detalle representando los funerales de Pasteur.

En la sección de retratos, entre buenos y medianos podría hacerse una lista interminable, correspondiendo á los primeros los pintados por Dubois, Barchet, Lynch, Kouznitsoff, Bisoon, Bordes, Lemeunier, Brozik, etc.

No menos interminable sería la lista de los paisajes, donde abundan obras serias verdaderamente buenas, como el lienzo decorativo de J. P. Laurens, y los de menores dimensiones de A. Demont, P. Antin, Tattegrain, J. Breton, Clermont, Stauton, L. Loir, Cogniart, Pointelin, Morlot, Harpignies, Guillemet, Zuber, Francais, Norton, etc., etc.

Tampoco faltan entre los dibujos, grabados y litografías, nombres dignos de mención, como Knight, Pointelin, Morlot, Kappstein, Leveillé, Baude, Florian, Willette, Gentz, Leandre, Roedel y otros.

En la Arquitectura llaman la atención las *fantastas* de Mayeux, las reconstituciones de Pérgamo de Pontremoli y la sala de fiestas de M. Marcel.



FLORES DE PRIMAVERA, cuadro de A. E. Artigue (Salón de los Campos Elíseos de París. 1897)

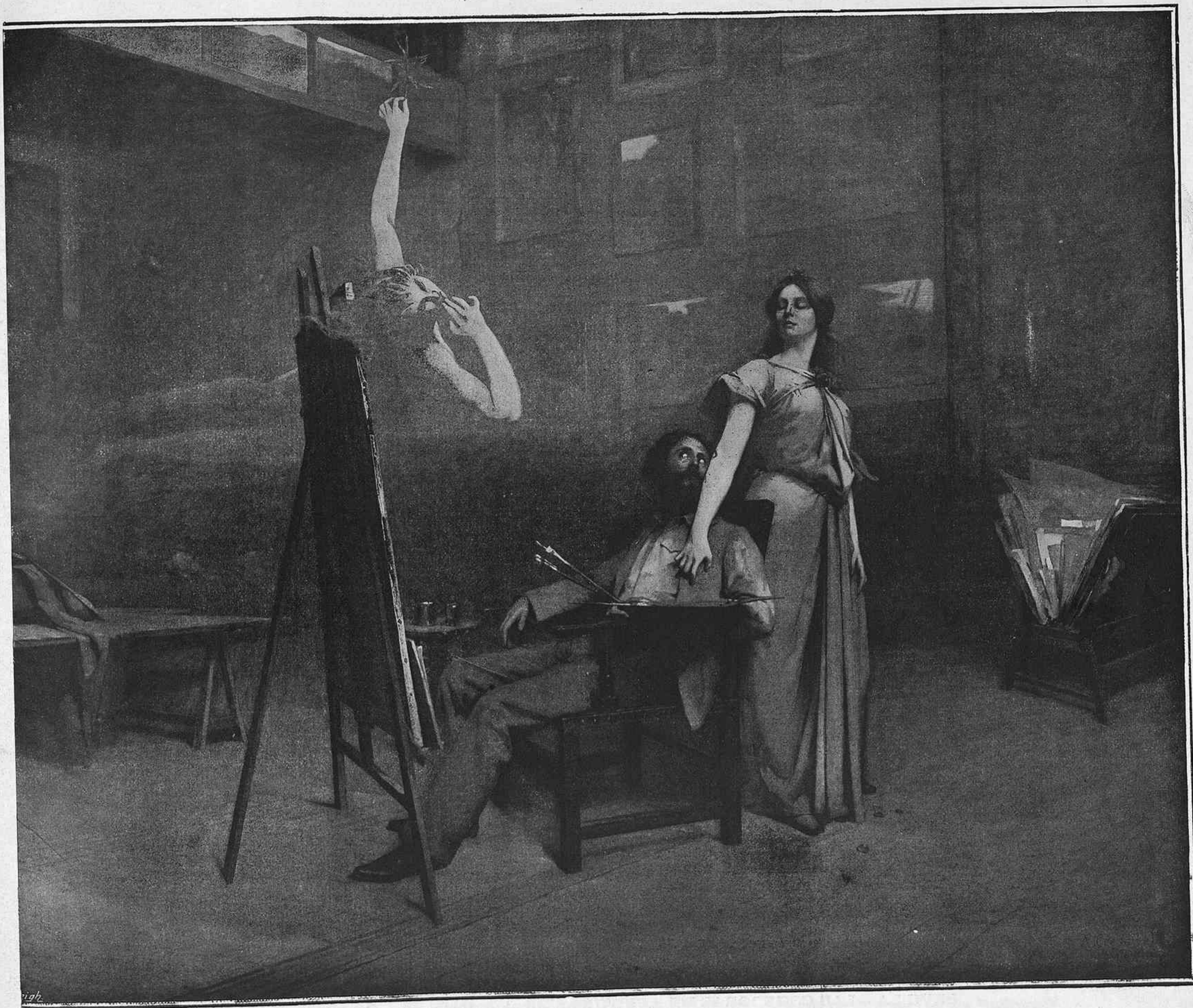
La sección de Escultura y de objetos de arte, es, como todos los años, interesantísima; se imponen al espectador *El Poeta*, de Falguière; el hermoso *Monumento* dedicado á M. Carvalho, de Mercié; el de Madagascar, de Barrias; *La edad de piedra*, de Fremiet, y *Agar*, de Sicard, uno de los más bellos ejemplares expuestos este año y que se considera digno de la medalla de honor por su firme y delicada ejecución.

Si esta vez no impera en el Palacio del Campo de Marte una de esas serenas y grandiosas concepciones de Puvis de Chavannes, en cambio brilla esplendorosamente en el Jardín de la Escultura el monumento de Víctor Hugo, de Rodin, que debe erigirse en el Luxemburgo.

Es esta bella y excelente obra una nueva confirmación de la potencia creadora del gran artista y un ejemplo más de esa escultura animada, viva, de un modelado infinito con que Rodin se eleva á la altura de las mejores obras de los grandes períodos del Arte.

Expone además Rodin una *Cariátide*, el grupo de *El sueño*, *El amor y Psiquis* y *El sueño de la vida*, obras en que predominan las mismas cualidades de inspiración y de hechura maravillosa que caracterizan la personalidad de este escultor.

En pintura con justicia llama la atención el Cristo de Carrière, obra de un verdadero artista. Gervax expone un gran lienzo en que se



ENTRE EL AMOR Y EL ARTE, cuadro de A. Cresswell (Salón de los Campos Elíseos de París. 1897)



SEVILLA.—LAS COGEDORAS DE ACEITUNAS, dibujo original de J. García Ramos



CATEDRAL DE SEVILLA. — EN EL PATIO DE LOS NARANJOS, dibujo original de Manuel García Rodríguez

representa la distribución de recompensas en el Palacio de la Industria en 1889, una de esas ceremonias oficiales tan difíciles de inspirar algo bueno; Tissot con poca felicidad la recepción del legado apostólico en Jerusalén, y G. Bertrand y A. Bouvet composiciones destinadas a la decoración de edificios municipales.

Entre los retratos, los hay excelentes de los artistas Blanche y L. Simón, mereciendo ser también citados otros de Boldini, René Menard, L. Stevens, Roll, Desboutsins, de nuestro paisano Rusiñol, de Besnard, de la Srta. Luisa Breslau, etc. En cuadros de género ó escenas de la vida actual, innumerables notas y observaciones muy recomendables, y en el grupo de los paisajes, obras del maestro Cazin, de Raffaelli, de Danchez, de Lhermitte, de Thaulow, de Willaert, de Damoye, Groment, Griveau y las impresiones de Versailles de Hellen.

Avaloran la sección de escultura, además del monumento á Hugo, la ejecución definitiva del funerario de Bartholomé, el grupo en bronce de Dalou *Triunfo de Sileno*, la estatua de Canrobert de A. Lenoir, los bajos relieves de C. Meunier, de Baffier y de A. Charpentier, y muchas otras obras, de entre las cuales hay que mencionar el busto en mármol, esculpido directamente del natural por la Srta. Camila Claudel y sus esculturas de Salón *Causeuses*, *La ola* y *Un pintor*.

Terminaremos esta ligera revista mentando á los artistas españoles que más se distinguen en los certámenes de este año además de Sorolla y de Rusiñol: en los Campos Elíseos Bilbao con *Triste antesala*, Fabrés, Garnelo y Checa: en el campo de Marte Sánchez Perier, Jiménez, Baixeras, Graner, Feliu, Barrau, Teixidor, Alarcón y Canals.

R. D.

NUESTROS GRABADOS

D. Juan Puig Marcel, jefe de la estación naval española en el Río de la Plata.—Desde el año 1865 en que ingresó en la Escuela Naval hasta el presente, puede decirse que el Sr. Puig Marcel ha estado constantemente al servicio de la patria. Teniente de navío de primera clase en la actualidad, su permanencia en el Río de la Plata ha sido altamente beneficiosa para España y para todos los españoles residentes en el Uruguay y en la Argentina, pues á su talento y patriotis-



D. JUAN PUIG MARCEL,
jefe de la estación naval española en el Río de la Plata
y comandante del *Temerario*

mo se debe en gran parte que unos y otros se unieran y contribuyeran con su óbolo á la construcción del buque que llevará el nombre de aquel río, y cuyo mando desearían nuestros compatriotas de aquellas repúblicas que á él se confiara. Posee gran número de condecoraciones militares y la encomienda de Isabel la Católica: mandando el *Temerario*, fundó el año pasado en la Asunción, capital del Paraguay, siendo aquella la primera vez, durante el presente siglo, que un buque de guerra español visitara aquellas aguas, en donde le festejaron calurosamente, no sólo los españoles, sino que también el presidente de la República y las personalidades más importantes del comercio, de las artes y de la política paraguayos.

Estudio, acuarela de José Garnelo.—Destinada á una tómbola organizada en Montilla para alargar los recursos necesarios para la creación de un establecimiento benéfico, ofrece la obra que damos á conocer á nuestros lectores el doble valor de su mérito artístico y el de la ofrenda aportada por la caridad. ¡Bien haya Garnelo, que aun en el medio en que vive, entregado á la ejecución de obras de empeño, halla manera de contribuir á socorrer necesidades y mitigar sufrimientos á los menesterosos de su villa querida, en la que residen los seres que sintetizan todas sus afecciones!

La notable acuarela que figura en la primera página de este número es un estudio digno del buen nombre de José Garnelo, á quien con justicia se considera entre los merítimos artistas que honran el arte patrio.

D. Fernando López Benedito, director de «El Correo Español» de Buenos Aires.—Escritor y pœ-



D. FERNANDO LÓPEZ BENEDITO, director de *El Correo Español*, de Buenos Aires, primer presidente de la Asociación Patriótica Española hasta su constitución definitiva.

ta de corazón, periodista firme y valiente, ha sabido poner á envidiable altura el importante diario que dirige, órgano de la colonia española bonaerense, defendiendo siempre con energía, pero sin alardes ridículos, la causa de España cada vez que algún otro periódico ha intentado atacarla. Modesto en exceso, pone gran empeño en quedar relegado ó obscurecido cuando vale mucho más como poeta y como prosista que muchos cuyos nombres pregona la fama. Fué presidente de la Liga Patriótica, que así se llamó durante el período de organización la actual Asociación Patriótica Española de Buenos Aires, de cuya comisión consultiva es individuo, y no hay duda de que buena parte del éxito de la suscripción para la compra del crucero *Río de la Plata* se debe á sus escritos y á su continua y entusiasta propaganda. Sus trabajos literarios diseminados en diarios y revistas formarían numerosos tomos si su autor los recopilara: si algún día se resuelve á hacerlo, mucho han de agradecerse sus amigos y admiradores, y mucho han de ganar con ello las letras españolas.

Monasterios griegos construidos en lo alto de las rocas.—En un rincón de Tesalia álzase como restos de una formación de la época terciaria algunas rocas abruptas y elevadísimas, cuya vista sorprende al viajero. Pero la admiración de éste sube de punto cuando observa que sobre aquellos gigantescos peñascos hay construidos grandiosos edificios que son otros tantos monasterios allí asentados como nidos de águilas, para subir á los cuales hay varios medios, ninguno de ellos muy seguro por cierto. Los grabados que publicamos en la página 357 dan perfecta idea, el uno de la situación verdaderamente extraña de estas construcciones, y el otro del sistema de ascensión más generalizado por ser el que menos peligros ofrece: como se ve, el viajero va metido en un saco de mallas amarrado á una cuerda, de la cual tiran los monjes desde arriba dando vueltas á un torno. Otros monasterios tienen colocadas en la roca varias escaleras que hasta ellos conducen y que pueden levantarse cuando los monjes desean aislarse por completo. Según se cuenta, el fundador de esos monasterios construidos sobre rocas aisladas, alguna de las cuales tiene una altura de 800 metros, fué un monje devoto llamado Nilos: el número de los mismos llegó á ser veinte, pero en su mayor parte fueron abandonados en el siglo XVI, después que los turcos hubieron establecido cierta paz y cierto orden en aquel territorio, quedando reducidos á cinco, los cuales en la actualidad se hallan bajo la tutela del gobierno griego.

Inauguración del mausoleo erigido en Nueva York á la memoria del general Grant.—El día 27 de abril último, aniversario del natalicio de Ulises S. Grant, inauguróse en Nueva York el grandioso mausoleo que el pueblo de los Estados Unidos ha dedicado á su héroe nacional. La ceremonia, con su parada militar, en la que formaron 70.000 hombres, y su revista naval, en la que tomaron parte buques norteamericanos y extranjeros, fué un acontecimiento solemnísimos. El general Grant, el vencedor en la guerra de Secesión, es considerado justamente como el verdadero fundador de los Estados Unidos y como el presidente que además de la unidad dióles fuerza y poderío; por esta razón á la fiesta se asociaron, no sólo los tres millones y medio de habitantes de Nueva York, sino los americanos procedentes de las más apartadas regiones.

A pocos mortales se ha concedido, ni aun después de muertos, el honor de un monumento como el que á la memoria de Grant acaba de inaugurarse. El ilustre general manifestó en su lecho de muerte el deseo de ser enterrado donde lo está, á la orilla del río Hudson; pero al morir no sospecharía de seguro que doce años después de su muerte se construiría para guardar sus restos un mausoleo digno del más fastuoso soberano.

El monumento, para el cual, por suscripción pública, se reunieron 560.000 dollars, y cuya primera piedra se colocó en 27 de abril de 1891, es de granito de Lee (Massachusetts), muy parecido al mármol de Carrara, y tiene una altura de 165 pies ingleses: interiormente consiste en una inmensa cúpula que cubre la cripta; en ésta se ve el sarcófago de pórfido obscuro que contiene los restos de Grant.

Situado junto al río, en un punto en que éste es navegable para los grandes buques, el mausoleo presenta un aspecto imponente.

A la ceremonia de la inauguración concurren el presidente de la República, el vicepresidente, los ministros, el ex-presidente Cleveland, los gobernadores de los Estados y el cuerpo diplomático.

Catedral de Sevilla.—En el patio de los naranjos, dibujo original de Manuel García Rodríguez.—El severo y hermoso patio de los naranjos de la catedral hispalense ha servido esta vez á nuestro amigo el Sr. García Rodríguez para producir otro bellísimo dibujo, dedicado, como todos los suyos, á poner de manifiesto los encantos que encierra su ciudad nativa.

Entusiasta por el arte y amante devoto de la reina del Guadalquivir, dedica sus conocimientos y aptitudes artísticas á reproducir sus pintorescas vegas, sus poéticos jardines y sus suntuosos edificios, mudos recuerdos de su pasada grandeza. Empresa digna de encomio es la que realiza el distinguido paisajista sevillano. Prueba de ello son los triunfos alcanzados en públicas exposiciones y la justa fama que merece en el mundo del arte.

Las cogedoras de aceitunas, dibujo original de J. García Ramos.—Una faena agrícola, de carácter completamente local, típica y azar pintoresca, representa el notable dibujo que reproducimos en estas páginas, obra del celebrado artista sevillano Sr. García Ramos, de quien tan bellísimas producciones hemos podido dar á conocer á nuestros lectores.

La operación de recolectar las famosas aceitunas de la vega sevillana, ejecutada por garridas y bellas campesinas, ataviadas de modo peregrino, ha servido para que el inspirado intérprete de los cuadros de costumbres sevillanas agregara otra página interesantísima á la ya copiosa serie de excelentes obras que tienen por objeto dar á conocer cuanto constituye la vida y el modo de ser de su querida ciudad.

Una carreta salamanquina, dibujo original de Baldomero Galofre.—Caudal inestimable encierran las carteras de Baldomero Galofre, resumen de sus impresiones de viaje por todas las regiones peninsulares. Sus apuntes, dibujos ya en negro ó en color, traducen de modo admirable y personalísimo cuanto en nuestra patria existe de típico é interesante para el artista. Esta clase de obras están ejecutadas por medio de diversos procedimientos, ya que su temperamento, inquieto é investigador, necesita obtener recursos que traduzcan fielmente sus concepciones ó alcancen á recordar lo que reproducen. En todas ellas obsérvase la constante manifestación de su vigor y de su modo de sentir, significado por la valentía del dibujo y la seguridad en la ejecución. El estudio que publicamos, escogido al azar entre los que llenan sus carteras, demuestra la valía del artista, pues retrata con extraordinaria exactitud el grupo formado por los bueyes y el robusto salamanquino.

MISCELÁNEA

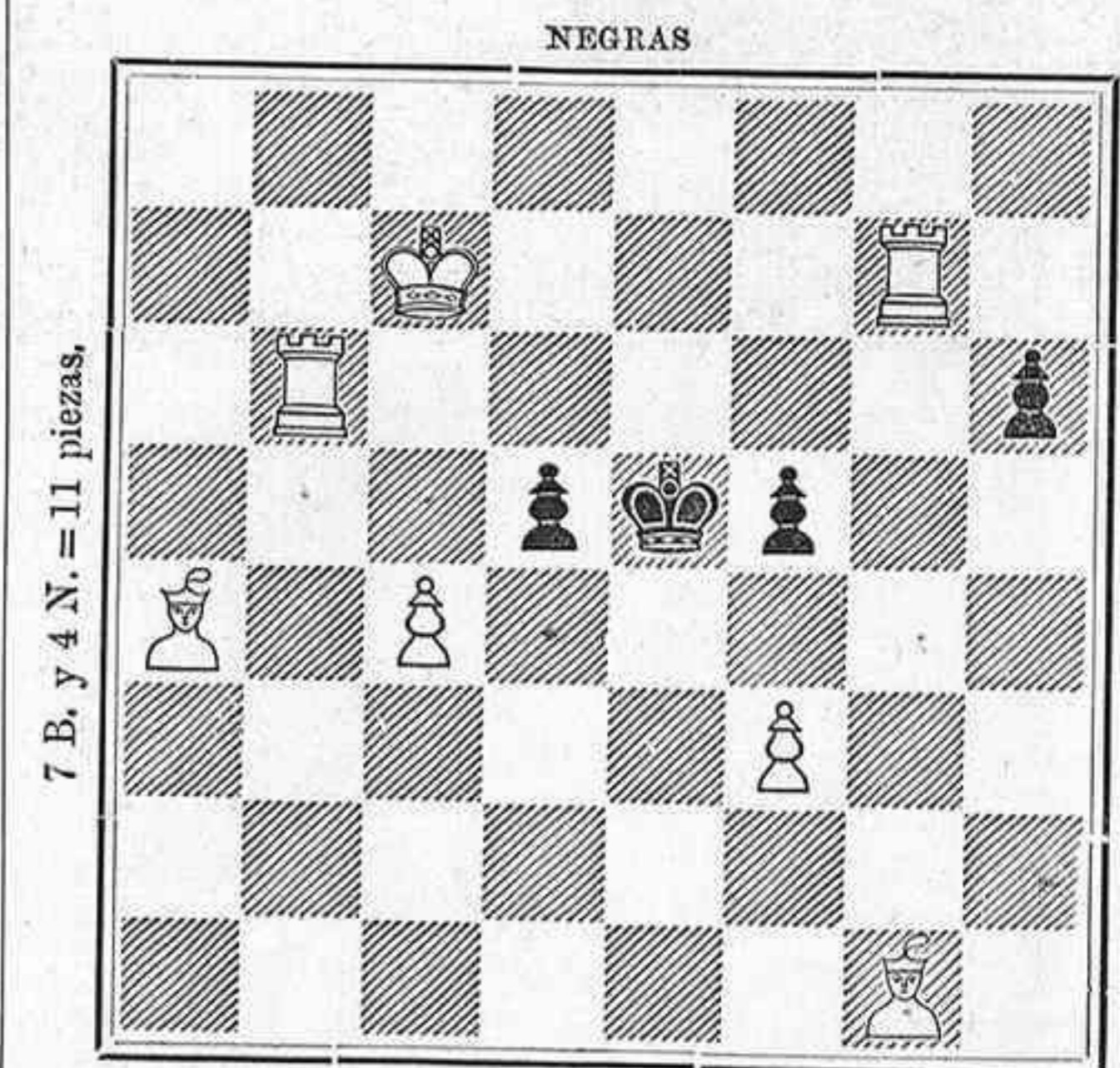
Bellas Artes.—BERLÍN.—La Exposición Internacional de Bellas Artes recientemente inaugurada está por debajo de las celebradas en los dos años últimos: su principal aliciente consiste en las exposiciones parciales de algunos maestros, entre las cuales sobresale la de las obras de Max Liebermann.

RIETI.—En la iglesia y en el convento de San Domenico de Rieti (Italia), el pintor italiano G. C. Tosti ha descubierto una serie de frescos, entre ellos una *Coronación de San Pedro Mártir* que supone obra de Pinturicchio, y una colección de cuadros de la escuela de Giotto.

Necrología.—Han fallecido: Jacobo Teodoro Bent, ilustre viajero y explorador inglés. Juan Altgelt, notable arquitecto alemán residente en Buenos Aires, bajo cuya dirección han sido construidos los grandes edificios públicos de la capital de la República Argentina. Andrés Anagnostakis, médico oculista griego, inventor del oftalmoscopio, catedrático de Oftalmología en la Universidad de Atenas.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 71, POR J. TOLOSA Y CARRERAS



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 70, POR V. MARÍN

Blancas.
1. C de 2 R á 4 D
Negras.
1. Cualquiera.

Cuando una especialidad posee una gran reputación, sucede que algunos vendedores al por menor, poco escrupulosos, proponen y hasta sustituyen á lo que se les pide, una imitación que LES DEJA MAS BENEFICIO. Esto es lo que sucede con la CREMA SIMON, que es, á la vez que el Cold-Cream más eficaz, el que sin embargo es más barato. Por lo mismo, las personas que tengan empeño en poseer la verdadera CREMA SIMON habrán de comprobar la firma de J. SIMÓN, París.



ISABEL, LA DE LOS CABELLOS DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE LA NOTABLE ESCRITORA ALEMANA EUGENIA MARLITT

(CONTINUACIÓN)



Bella se había acurrucado sobre la alfombra y hostigaba al perrillo

El Sr. de Hollfeld, cuyo cuerpo delgado y flexible tenía una estatura superior á la de los hombres más altos, se inclinaba penosamente para sostener la manecita que se apoyaba en su brazo..., y la hermosa aparición que antes viera en tan graciosa actitud de reposo, apenas tenía la talla de una niña. Su cabeza encantadora se hundía entre los dos hombros, y la muleta que llevaba en la mano derecha era testimonio del triste achaque que afligía la existencia de la señorita de Walde.

— Dispéname, querida Elena, dijo la baronesa, que acogió á los recién venidos con la sonrisa más dulce y seductora; dispéname por haber enviado á buscarte; pero según ves, vuelvo á ser de nuevo el infortunado Lázaro que pone á contribución de continuo tu bondad angelical... La señorita Ferber, añadió, señalando á la joven, que se había levantado ruborizándose, ha tenido la suma bondad de venir aquí en contestación á mi carta de ayer.

— No podría expresar á usted con este motivo todo mi agradecimiento, dijo la señorita de Walde volviéndose hacia Isabel y ofreciéndole su mano con la más franca y benévola sonrisa.

Y como su mirada se fijase en la joven con sor-

presa, y particularmente en las voluminosas trenzas rubias de su cabello, que sobresalían del sombrero, exclamó:

— ¡Ah!, reconozco ese hermoso cabello dorado..., ya le vi ayer, mientras daba un paseo por el bosque; usted se inclinaba sobre el muro del antiguo castillo.

Isabel se ruburizó más aún.

— La presencia de usted había redoblado mi vivo deseo de acercarme á su persona, porque ya la había oído tocar la víspera un adagio de nuestro gran Beethoven... ¡Y tan joven..., casi una niña!, añadió la señorita de Walde como hablando consigo misma ¡Y tener tan profundo sentimiento musical!.. ¿Cómo es posible?.. Me complacerá usted mucho si consiente en tocar conmigo y delante de mí con tanta frecuencia como sea posible.

Las facciones de la baronesa tomaron como una expresión malévola al oír á su prima pronunciar estas palabras, impregnadas del más vivo y sincero interés; y un observador no hubiera dejado de notar al paso la sonrisa irónica que vagó en sus delgados labios. Esto pasó inadvertido para Isabel, pues su alma entera concentrábase en la infeliz señora que le hablaba con tanto interés, y cuya voz, singularmente armoniosa, algo velada y de un timbre delicioso, resonaba en su oído como una música angelical.

El Sr. de Hollfeld había adelantado una butaca para la señorita de Walde, colocándola junto á la baronesa, y después se retiró sin haber tomado parte en la conversación. Al salir del aposento, Isabel, colocada enfrente de la puerta, que se cerró tras él, no pudo menos de notar que su última mirada se había fijado en ella con insistencia; su expresión la inquietó un poco, é indújola á inspeccionar su traje, temerosa de que fuera demasiado impropio en aquella opulenta morada.

La señorita de Walde interrumpió aquel examen, preguntando á Isabel quién había sido su maestro. La joven contestó sencillamente que no había tenido nunca más profesor que su madre, ni se había separado jamás de sus padres, á quienes era deudora de lo poco que sabía.

Durante esta conversación, Bella se había acurrucado sobre la alfombra y hostigaba al perrillo: el cuadro habría resultado encantador si los movimientos desordenados y los gemidos del animalito no hubieran indicado claramente que se le atormentaba y se le hacía sufrir bajo pretexto de divertirse con él... Cada uno de sus gritos ocasionaba á la señorita de Walde un estremecimiento nervioso, y la baronesa de Lessen levantaba entonces la voz para repetir con tono automático: «¡Vamos, Bella, basta de juegos!» Pero hubiera podido dispensarse de la molestia, por ligera que fuese, reducida á repetir de continuo la misma advertencia, porque aquella orden, dada tan

distraidamente, parecía ser inútil. De pronto, sin embargo, *Ah!* profirió un aullido tan lastimero, que la baronesa de Lessen levantó el dedo con expresión severa para amenazar á la pequeña desobediente, diciéndole:

— Si continuas así, voy á verme obligada á llamar á la señorita Mertens.

— ¡Ah!, replicó la niña, haciendo un impertinente movimiento de hombros. ¿Y después qué? No se permitirá castigarme, porque tú misma se lo has prohibido severamente.

En el mismo instante entreabrióse una puerta interior, y una anciana entró tímidamente, saludó á las damas con una profunda inclinación y dijo en voz baja:

— El señor profesor espera á Bella.

— ¡Pues hoy no quiero dar lección!, exclamó la niña indisciplinada.

Y cogiendo de una canastilla de labor un gran ovillo de estambre, lo arrojó contra la recién venida.

— Sin embargo, es preciso, hija mía, dijo la baronesa. Ve con la señorita Mertens y procura ser buena.

Bella fué á sentarse en una butaca, cual si la orden fuese tan indiferente para ella como para el perrillo, y levantó sus dos pies en el aire. El aya trató de acercarse á la niña; pero una mirada de enojo de la baronesa la hizo retroceder hacia la puerta.

Aquella desagradable escena se hubiera prolongado probablemente mucho tiempo si la baronesa no hubiese pensado en servirse de un auxiliar bajo la forma de una gran caja de confites. La niña dejó su asiento, fué á llenarse la boca y los bolsillos, y después, rechazando violentamente la mano del aya, salió corriendo y saltando.

Isabel permaneció inmóvil, muda de sorpresa; y la dulce fisonomía de la señorita de Walde expresó un doloroso descontento; mas no pronunció una palabra.

La baronesa volvió á recostarse sobre sus almohadones.

— Esas institutrices, dijo con tono lánguido, acibaran mi vida y me roban muchos años de existencia. Si esa señorita Mertens fuera tan sólo un poco inteligente, muy pronto sabría cómo ha de arreglarse para gobernar una niña nerviosa, buena en el fondo, como es Bella...; pero esa raza inepta carece en absoluto de inteligencia. Las ayas no son capaces de tener en cuenta la diferencia de orígenes, y por lo tanto, la de temperamentos, de caracteres y de constituciones. A sus ojos, la niña es una niña y nada más, y pretenden poner al mismo nivel la de nacimiento obscuro y la que es hija de nobles; la criatura robusta, tosca, sin nervios ni sensibilidad, y la niña delicada de cuerpo, de alma y de corazón. La señorita Mertens es simplemente una maestra de escuela, adusta, grave y pedante; y además, el inglés que habla es detestable... ¡Sabe Dios de qué obscuro y abandonado rincón de Inglaterra será originaria!

—No puedo participar de tu opinión en este punto, querida Amelia, dijo la señorita de Walde. Me parece, por el contrario, que el sonido de su voz revela distinción, y que su rostro expresa la franqueza y la bondad.

—Es que tú juzgas á los demás por ti misma y les atribuyes tus cualidades... Cierzo que yo no conozco el inglés; pero cuando conversas con ella, observo al punto la diferencia que existe entre vosotras, y hasta qué punto este idioma parece más elegante y más dulce cuando tú lo hablas.

Isabel rechazó en sus adentros este juicio, mientras la señorita de Walde protestaba con un ligero movimiento de su mano. Pero la baronesa, sin dejarle imponer silencio, prosiguió en estos términos:

—Bella también nota muy bien todos estos visos, pues en ciertas cosas su inteligencia es en realidad



mi imaginación evoca la imagen de una rama tierna...

sorprendente; guarda silencio con expresión burlona cuando su aya la habla inglés, y quiere obligarla á contestar en este idioma. No dudo un momento, ni puedo pensar en ello sin irritación, que esa señorita atribuye la actitud de la niña, no á su propia incapacidad é insuficiencia, sino á lo que ella se atreve á calificar de obstinación y malignidad de Bella.

El tono de la baronesa, lánguido en un principio, se había animado gradualmente bajo la influencia del resentimiento, elevándose al fin, en las últimas palabras, al diapason más alto... De pronto echó de ver sin duda este cambio, y recobrando al punto su serenidad, cerró lánguidamente los ojos.

—¡Oh, Dios mío!, exclamó con voz que volvía á ser débil; mis pobres nervios vuelven á jugar una mala partida... Me animo cuando debería procurar calmarme, tener paciencia y soportarlo todo silenciosamente... Mas es preciso convenir en que estos disgustos domésticos emponzoñan la existencia, y no solamente perjudican al cuerpo, que es poca cosa, sino también á nuestra alma, lo cual es mucho más grave.

—Si me fuera permitido darte un consejo, querida Amelia, dijo la señorita de Walde, te invitaría, cuando sufras como hoy, á dejar á Bella bajo la vigilancia de la señorita Mertens y del Sr. Mohring. Así podrías estar tranquila, pues el aya desempeña concienzudamente su cometido y educa muy bien á la niña. Aunque comprendo tu solicitud en cuanto se refiere á tu hija, podrías seguir mi consejo sin temor. La señorita Mertens es demasiado amable é instruída para adoptar respecto á Bella medidas que fueran perjudiciales á su educación ó á su carácter... Me parece que estás sumamente abatida, añadió la señorita Walde con tono de conmiseración, y será necesario dejarte descansar... No dudo que la señorita Ferber tendrá la complacencia de acompañarme hasta mi habitación.

Al decir esto se levantó, y después, inclinándose sobre la baronesa, besóla en la mejilla. Luego apoyó su mano sobre el brazo de Isabel, á quien la baronesa despidió con un gracioso movimiento, y salió así del aposento de la enferma.

Mientras avanzaban lentamente por los inmensos corredores, la señorita de Walde dijo á Isabel que su hermano, el cual vivía ahora lejos de ella, se alegraría mucho al saber que iba á reanudar el cultivo de la música.

—En otro tiempo, añadió, no conocía mayor recreo que sentarse en el rincón más obscuro de mi sala para escucharme. Yo tocaba siempre las composiciones clásicas, que tanto le agradan, y esto me complacía doblemente por la satisfacción que yo le proporcionaba; pero una prolongada enfermedad nerviosa me obligó hace largo tiempo á dejar el piano.

Ahora siento que mis fuerzas renacen, que recobro la salud, y como el médico no se opone ya á ello, voy á dedicarme de nuevo á la música para sorprender á mi hermano con mis adelantos.

Y mirando graciosamente á Isabel añadió:

—No puedo menos de hacer progresos si usted tiene á bien ocuparse de mí, porque su talento animaría á las mismas rocas.

Dichas estas palabras, las dos jóvenes se despidieron. Isabel tomó rápidamente el camino que debía conducirla á la morada de sus padres... Allá arriba, delante de la puerta del prado, los veía pasear, esperándola, y el pequeño Ernesto, que la había divisado de lejos, saltaba alegremente y corría á su encuentro... ¡Qué aspecto de tranquila felicidad y de dulce confianza tenía todo aquello! Sus padres le hacían repetidas señales de ternura... Al acercarse oyó el canto alegre de su pajarillo, y al fin pudo ver más allá del prado, por la gran puerta del vestíbulo, abierta de par en par, los tilos inclinados sobre la fuente: cerca de los árboles habíase dispuesto la mesa para la cena.

El magnífico castillo de la baronesa, con sus magnificencias interiores y exteriores y su majestuoso silencio, turbado tan sólo por los gritos de cólera de una niña mal educada, todo esto le pareció á Isabel uno de esos sueños poco agradables de los cuales se despierta con satisfacción. Después de haber dado cuenta á sus padres de todas sus diversas impresiones por su orden cronológico, Isabel añadió:

—Según las lecciones que tú me has dado, querido padre, debería suspender mi juicio en cuanto concierne á las personas con quienes acabo de trabar conocimiento, pues tú condenas la primera impresión como susceptible de inducirnos á error, haciéndonos injustos; pero no sé cómo arreglarme para reprimir mi loca fantasía. Cuando pienso en las dos damas que me han recibido, mi imaginación evoca al punto la imagen de una rama tierna, flexible, arrastrada por una nube tempestuosa que agita sus jóvenes retoños y á la cual se abandona al fin sintiéndose impotente para luchar con ella.

VII

Desde aquel día Isabel fué dos veces por semana al castillo de Lindhof. Al día siguiente de la visita, una carta muy cortés de la baronesa de Lessen fijó las horas, señalando considerables honorarios por las lecciones que la joven debía dar, lecciones que fueron muy pronto para ella origen de vivos y elevados goces. Elena de Walde había perdido seguramente mucho en cuanto á mecanismo desde que se había visto obligada á renunciar á la música, y no podía compararse con Isabel; pero tocaba con el más puro sentimiento, con un gusto encantador, y sobre todo, no incurría nunca en ese defecto tan general entre los aficionados — y hasta entre los artistas, — que consiste en buscar de preferencia las obras superiores á sus fuerzas. La baronesa de Lessen no asistía jamás á las sesiones musicales, y tal vez á causa de su ausencia, la música y los ratos de descanso parecían particularmente deliciosos á Isabel. Un criado solía presentarse con una bandeja cargada de ligeros refrescos; Elena se hundía en un sillón, é Isabel, colocándose junto á ella en una banqueta, escuchaba silenciosamente la voz tan melodiosa de la desgraciada joven, que le hablaba de su triste infancia y de su juventud aún más triste. Entonces la imagen de su hermano aparecía siempre en primer término, y no podía cansarse de recordar la tierna solicitud con que la había cuidado. De mucha más edad que ella, y de un carácter grave, que debía alejarle más de los juegos de la infancia, prestábase, sin embargo, á todos los caprichos de la niña, y sabía divertirla mejor que nadie durante largas horas. Referíale también que su hermano había adquirido el castillo de Lindhof únicamente porque ella había permanecido largo tiempo en la corte de L..., y porque el aire de Turingia parecía serle favorable. De todos estos relatos no se podía menos de concluir que el hermano de Elena de Walde la amaba entrañablemente.

Una tarde la sesión musical se había prolongado extraordinariamente; un criado entró en el salón y anunció una visita.

—Quédese usted conmigo esta tarde, dijo Elena á Isabel, y tomaremos el te juntas; mi médico llega de L..., y algunas señoras de la vecindad me han anunciado que pensaban reunirse aquí hoy. Voy á enviar un recado á su señora madre de usted á fin de que no esté inquieta por la tardanza. Mi consulta con el doctor terminará muy pronto, y me reuniré con usted en seguida.

Y se alejó apoyada en su muleta... Apenas habían transcurrido algunos minutos, reapareció apoyada en el brazo de un hombre, el que presentó á Isabel, diciéndole:

—El doctor Fells, de la ciudad de L..., uno de nuestros mejores amigos.

El doctor era hombre de cierta edad, muy robusto, y su rostro tenía una expresión de viva inteligencia. Se acercó apresuradamente á Isabel al oír pronunciar su nombre, y le expresó de la manera más agradable el asombro de todos los habitantes de L... al saber que el antiguo castillo de Gnadewitz estaba otra vez habitado por personas en carne y hueso.

De pronto se oyó un ligero rumor en la habitación contigua, y repentinamente aparecieron dos damas, una de ellas de edad madura y la otra joven, de rostros tan parecidos que no se podía dudar de que eran madre é hija. Ambas llevaban largos vestidos de tela oscura, manteletas negras de lana y sombreros de paja. Elena de Walde saludó á las dos damas dándole el nombre de señora y señorita de Lehr, é Isabel supo después que habitaban en la ciudad de L... durante el invierno, y en verano en el pueblo de Lindhof, en donde acababan de alquilar una casita de campo.

Poco después entró la baronesa de Lessen del brazo de su hijo y seguida de un hombre á quien llamaban el señor candidato Mohring.

La baronesa llevaba un traje de color obscuro, pero de una elegancia rebuscada; su aspecto era imponente. Cuando la puerta se abrió ante ella, la señora de Lessen se detuvo en el umbral algunos segundos, y al parecer le sorprendió desagradablemente ver á Isabel. Miró á la joven con expresión desdeñosa de pies á cabeza, y apenas inclinó la cabeza correspondiendo á su saludo.

Elena, sorprendiendo al paso aquella expresión melévol, se adelantó hacia su prima y díjole en voz baja:

—He retenido á mi pequeña favorita porque nuestra sesión se había prolongado más que de costumbre por culpa mía, y no podía dejarla marchar en el momento en que nuestros visitantes llegaban.

Esta excusa no pasó inadvertida para Isabel; ésta sentía el ultraje, y hubiera deseado volar por la ventana, á no ser por un sentimiento de dignidad ofendida que la aconsejaba no huir cobardemente ante los modales desdeñosos de la baronesa. Esta última parecía satisfecha de la explicación dada por Elena, que implicaba, en efecto, una respetuosa deferencia por las opiniones y voluntades de su prima. Por eso la abrazó, y acariciando sus hermosos bucles castaños le prodigó las más tiernas lisonjas. Después saludó á todos los presentes y rogó á Elena que pasara á la



y repentinamente aparecieron dos damas

habitación contigua, donde estaba dispuesta la mesa para tomar el te. Hizo los honores de la misma, y desplegó en aquella ocasión el incomparable talento de que estaba dotada. Mientras dirigía la conversación, ocupándose de cada uno de los presentes, servíase de un arte maravilloso á fin de probar á Elena de Walde que continuaba siendo á sus ojos la persona más querida y más importante de la reunión. Un observador perspicaz hubiera seguido con interés aquella soltura admirable que triunfaba de las dificultades, evitándolas, y que daba á cada una de sus palabras, á cada uno de sus ademanes, precisamente el sentido deseado y buscado para conseguir el objeto que se proponía.

Isabel permanecía sentada silenciosamente entre el médico y la señorita de Lehr, y la reunión tenía poco interés para ella, puesto que la conversación versaba particularmente sobre personas para ella desconocidas y sobre acontecimientos que ignoraba. La señora Lehr hablaba mucho y parecía estar muy bien enterada de todo cuanto había sucedido y se había dicho en público y en privado durante las últimas semanas en la comarca de Lindhof.

Aquella señora se expresaba en voz baja, con tono plañidero, y después de citar un nuevo escándalo, cuya existencia se hubiera ignorado sin su intervención, dirigía siempre á su oyente una mirada dolorosa, como si ella hubiese sido el cordero encargado de redimir los pecados del mundo. De vez en cuando sacaba de su gran bolsa de punto de malla un frasquito de un agua maravillosa, con la que se humedecía los ojos, invariablemente elevados al cielo.



Elena se hundía en un sillón...

¡Qué contraste entre ella y Elena de Walde! Isabel la contemplaba apoyada graciosamente en una almohada de terciopelo, y su imaginación evocaba la imagen de un puro y hermoso nenúfar. Sin embargo, aquella tarde se notaba una animación particular en sus facciones; sin duda la impresión del sufrimiento no se había desvanecido del todo; pero en sus ojos brillaba un rayo de felicidad; mientras que en sus labios, de un color sonrosado pálido, deslizábase una sonrisa encantadora, la cual se repetía cada vez que levantaba el hermoso ramo de rosas que el joven Hollfeld le entregó cuando se acercó para hablarle. El caballero estaba sentado junto á ella é intervenía á veces en la conversación; cuando tomaba la palabra, todas las damas enmudecían, como si no hubiesen querido perder nada de aquel lenguaje, poco elocuente, sin embargo, y que ni siquiera tenía el mérito, como lo reconoció Isabel muy pronto, de indicar una idea original ó un sentimiento generoso.

Era un bello joven de unos veinticinco años; sus facciones, muy nobles, caracterizábanse sobre todo por una extremada placidez, y difícilmente se hubiera notado una línea que indicara un poco de firmeza viril; pero cuando se había podido leer en sus ojos, olvidábase al punto su belleza plástica... Aquellos ojos, aunque grandes y bien formados, carecían de expresión, y no se veía en ellos nunca el fuego que revela la inteligencia antes de que la anuncie la palabra, ni aquel brillo especial que sin atraer poderosamente encanta y cautiva.

Pocas personas se ocupaban, por lo demás, en hacer aquel estudio, porque se había convenido ya en la pequeña corte de L... que el silencioso Sr. de Hollfeld, cuyo mutismo ocultaba sin la menor duda profundos y graves pensamientos, era un hombre original y extravagante. Las damas de Lindhof y las que vivían en sus alrededores no estaban seguramente dispuestas á comprobar aquel juicio; la corpulenta señora Lehr no pensaba tampoco en ello, y cada vez que el Sr. de Hollfeld hablaba inclinábase con ávida curiosidad hacia Isabel. En una de estas ocasiones preguntó á la joven:

—¿No está usted entusiasmada con los sermones que nos ha predicado el candidato Mohring en las últimas fiestas?

—Siento mucho no haberle oído, contestó Isabel.

—Entonces, repuso la señora Lehr con frialdad y retirando involuntariamente su silla, no habrá usted asistido al oficio divino...

—¡Oh!, sí, he estado con mis padres en la iglesia del pueblo de Lindhof...

—¿De veras?, preguntó la señora de Lessen, volviendo la cabeza por primera vez hacia Isabel; mientras una sardónica sonrisa vagaba por sus labios. ¿Y se han celebrado todas las ceremonias del culto de una manera muy edificante en esa iglesia?, añadió.

—Seguramente, señora, contestó Isabel con mucha cortesía, pero fijando una mirada de firmeza en los ojos de la señora de Lessen, que expresaban desdenosa ironía... Me ha conmovido en extremo el elocuente sermón de nuestro cura, pronunciado al aire

libre bajo las verdes encinas que rodean la antigua iglesia... En el momento de comenzar el servicio divino, y como echase de ver que el templo era demasiado pequeño para contener á los fieles, mandó levantar un altar bajo la bóveda del cielo, según se hacía en otros tiempos, á lo que dicen.

—Sí, desgraciadamente, así ha sucedido, dijo el candidato Mohring, interviniendo en la conversación.

Hasta entonces había hablado poco, limitándose á escuchar á la señora de Lehr, con una sonrisa complaciente, ó estimulándola con la mirada y la cabeza.

—Sí, señora baronesa, continuó, así se ha hecho. Esto nos recuerda los desolados tiempos en que los hombres tenían ídolos y no conocían á Dios... En aquellas épocas, en efecto, los druidas ofrecían sus sacrificios bajo las encinas...

Al decir esto, la ancha cara del señor candidato se cubrió de intenso rubor.

—No comprendo bien esa comparación, contestó Isabel, y á decir verdad la ceremonia á que asistí no me recordó en lo más mínimo aquellas fiestas idolátricas á que el señor se refiere. En aquel hermoso día de Pentecostés, mientras por las ventanas y las puertas del antiguo edificio se exhalaban las magníficas armonías del órgano, he visto de pronto á un anciano venerable levantarse para hablarnos dignamente de Dios; he oído resonar su voz bajo la verde bóveda de los grandes árboles, y he experimentado una emoción religiosa, que sólo puedo comparar con la que sentí la primera vez que penetré en un templo.

—Tiene usted una memoria sorprendente, señorita, dijo la señora de Lehr; pero ¿qué edad contaba usted cuando fué por primera vez á la iglesia?... Tal vez sea indiscreta mi pregunta...

—Nada de eso, señora; tenía ya once años.

—¡Once años! ¡Oh, Dios mío, es posible!, exclamó la vieja dama con expresión de espanto. ¿Pueden incurrir en tan terrible responsabilidad padres que son cristianos? Mis hijos han conocido y frecuentado la Casa de Dios desde su más tierna edad... Y usted puede dar testimonio, señor doctor.

—Ciertamente, dijo con gravedad el médico, y hasta recuerdo que usted atribuyó á la circunstancia de haber permanecido largo tiempo en una iglesia fría el ataque de *crup* que le arrebató á su niño á la edad de dos años.

Isabel miró al doctor con espanto. Aún no había tomado parte en la conversación sino para dirigir acá y allá, sin preferencia ni premeditación, algún sarcasmo, que le atraía una mirada malévola de la baronesa.

Cuando Isabel, interpelada, debió tomar la palabra; cuando el ataque del señor candidato la obligó á defender al anciano sacerdote acusado de idolatría, no pensó en mirar al médico, ni vió, por lo tanto, la expresión de cómica satisfacción que se había pintado en su rostro..., pero esta vez la broma le pareció de mal gusto, hasta bárbara, y no pudo reprimir un ademán de desagrado... No obstante, el médico debía conocer bien las personas entre quienes se hallaba; y el hecho es que no había traspasado los límites permitidos, pues la señora de Lehr permaneció impasible... Después volvió á tomar la palabra y dijo con un tono lleno de unión:

—Sí, Dios quiso llevarse aquel angelito tan piadoso..., era demasiado perfecto para este mundo...

Y luego cambiando de tono prosiguió dirigiéndose á Isabel:

—De modo que la palabra divina ha sido desconocida de usted, y ha tenido cerrado el reino de Dios hasta la edad de once años...

—Tan sólo su templo me fué desconocido, porque desde mi más tierna infancia me enseñaron las verdades del cristianismo, y he conocido y amado á Dios; pero mi padre opina que no conviene llevar á los niños demasiado jóvenes á la iglesia; piensa que sus almas, inconscientes aún, no son capaces de comprender la alta significación del culto; y que los sermones les aburren, porque por mucha que sea su buena voluntad, no pueden penetrar el sentido de la palabra divina. Mi hermanito tiene siete años y no ha ido aún á la iglesia. Se le reserva como una recompensa, en vez de imponérsele como un deber enojoso, y así estimulado, escucha y retiene con más fervor la enseñanza religiosa proporcionada á las fuerzas de su inteligencia infantil.

—¡Oh, padre feliz!, exclamó el doctor. ¡Ha podido..., ha osado obrar así!

—Y ¿por qué no ha seguido usted la misma vía?,

preguntó la baronesa. ¿Por qué no ha dejado usted á sus niños crecer como las setas?

—¿Por qué? Puedo explicárselo en pocas palabras, señora. Tengo seis hijos, y no soy bastante rico para proporcionarles un preceptor; por otro lado el ejercicio de mi profesión no me permite tampoco instruirlos yo mismo. Me ha sido forzoso enviarlos á la escuela, y someterme á las reglas que en ésta rigen.

Al oír estas palabras la baronesa de Lessen se levantó impaciente... En sus anchas mejillas, pálidas de ordinario, se extendían dos manchas rojas, síntomas irrecusables, para todos cuantos la conocían, de un próximo y violento acceso de cólera. La señorita de Walde no se engañó; había escuchado pasivamente la conversación que tomaba poco á poco tan peligroso giro; y levantándose al mismo tiempo que su prima, cogióla del brazo y la condujo hacia la ventana, preguntándole si le agradaría oír un poco de música y ofreciéndole sentarse al piano con Isabel.

Esta proposición fué acogida con una señal afirmativa. Tal vez la baronesa se consideraba sin fuerzas para contender con el doctor, y aprovechaba aquella coyuntura para terminar la discusión, pero su indignación debió ser observada por la concurrencia.

Apoyándose en el alféizar de la ventana, contempló el paisaje que se desarrollaba delante de la casa. Las primeras y ligeras sombras del crepúsculo se extendían por la campiña. La mirada de la baronesa era fría, hasta en los momentos en que experimentaba una violenta cólera, que sólo se revelaba por un pliegue profundo formado entre las cejas y en un ángulo de la boca... Estos pliegues no desaparecieron ni siquiera cuando las dos artistas comenzaron á tocar magistralmente en el piano, á cuatro manos y con una energía casi violenta, el *Rey de los Alisos* de Schubert. El corazón de la dama no se emocionaba con aquella melodía. Extinguido el último acorde, las dos pianistas se levantaron, y el doctor, que las había escuchado religiosamente, se acercó á ellas presuroso, con los ojos brillantes y dióles gracias por el placer que acababan de proporcionarle, placer de que no había disfrutado, según dijo, hacía muchos años... Al oír estas palabras, la señorita Lehr se ruborizó, y su madre dirigió una mirada de encono al malaventurado entusiasta... ¿No había tocado su hija varias veces, durante el invierno anterior, en los conciertos organizados en L... para obras de beneficencia? ¿Y no había asistido el médico á todos aquellos conciertos? El doctor, por otra parte, no hizo el menor apre-



El candidato acababa de sentarse ante el piano

cio de la tormenta que se formaba detrás de él, y comenzó á hablar del genio original de Schubert, dando á conocer su delicado gusto y sus profundos conocimientos musicales.

De repente el gran piano dejó escapar un sonido duro y seco, y todos los que hablaban se volvieron con espanto... El candidato acababa de sentarse ante el piano, alta la cabeza, los ojos fijos en el techo y las narices dilatadas... Su mano izquierda vino en ayuda de la derecha, y produjo á su vez un acorde no menos estridente. Después el Sr. Mohring comenzó á tocar un hermoso coral de una manera tan desatendida, tan grotesca y deplorable, que constituía un verdadero martirio para oídos inteligentes...

(Continuará)

UN TEATRO CON DOS PLATEAS EN NUEVA YORK

Los habitantes de Nueva York tienen fama de ser los más aficionados al teatro de toda América, y esta fama justíficase por el número creciente de diversiones que allí hay y que atraen gran concurrencia. De algunos años á esta parte el favor progresivo obtenido por los que aquí llamamos cafés-conciertos, ha dado origen á un tipo especial de teatro que, además del escenario y de la platea, tiene otras distracciones anexas, paseos, cafés, salones de descanso, jardines cubiertos para el rigor del verano, etc. La superioridad de una representación se juzga ciertamente por la calidad de las obras puestas en escena, pero lo que constituye el mayor atractivo son la duración y la variedad del espectáculo; así es que atrae público más numeroso el empresario que logra en menos tiempo presentar más distracciones.

Para responder á esta necesidad, el propietario del *Proctor's Pleasure Palace*, de Nueva York, ha apelado al recurso que indican los adjuntos grabados, y que consiste en hacer servir un mismo escenario para

VAGONES AUTOMÓVILES PARA FERROCARRILES

(SISTEMA SERPOLLET)

La idea de un ferrocarril trae siempre consigo como corolario la de un tren que por dicha vía circule, y

de distintas clases, pero el personal de uno de estos trenes ha de componerse siempre de un conductor de tren, de un maquinista y un fogonero.

Un tren ligero ideal debería reducir á la unidad así el material como el personal, y en este camino de

simplificación y de economía constituyen un progreso los vagones automóviles estudiados por la *Sociedad de generadores de vaporización instantánea*, cuyo primer modelo (fig. 1), ha sido recientemente ensayado en la línea París-Lyón-Mediterráneo, en el trayecto entre Corbeil y Malesherbes.

Este vagón automóvil es impulsado como una locomotora ordinaria por motores de cilindro horizontal dispuestos debajo del bastidor y que ponen directamente en movimiento las ruedas delanteras. El motor está alimentado por una caldera de vaporización instantánea, sistema Serpollet, calentada por panes de carbón aglomerado que reducen al mínimo el vo-

lumen del combustible y facilitan su colocación.

El vagón automóvil pesa 17 toneladas en orden de marcha y puede transportar 44 viajeros, 32 sentados y 12 de pie en la plataforma trasera: las cuatro ruedas tienen un metro de diámetro y la distancia de sus ejes es de cuatro metros. La característica de la caldera Serpollet es que produce vapor á presión esencialmente variable y proporcionada á las necesidades, es decir, al esfuerzo de tracción que debe realizar á cada momento el motor según los declives y las resistencias de la vía. Así, en un caso particular, puede suministrar vapor á la presión de 15 kilogramos por centímetro cuadrado, pero basta una presión de ocho para dar movimiento al vagón con sus 44 viajeros á una velocidad de 50 kilómetros por hora. Reduciendo la velocidad y aumentando la presión, el mismo vagón puede, en las pendientes ordinarias de las líneas de ferrocarriles, arrastrar un segundo coche de viajeros ó un furgón de equipajes, como indica la figura 2.

El material simplificado, que en sus líneas esenciales hemos descrito, ha sido construido por vez primera para una línea de Wurtemberg, lo cual es un gran éxito para M. Serpollet por haber conseguido que un Estado alemán haya encargado material francés.

Las compañías de ferrocarriles de interés local, que apenas cubren los gastos de explotación, harán bien en estudiar atentamente los vagones automóviles de Serpollet: en ellas encontrarán ciertamente el medio de reducir sus coeficientes de explotación que en algunas pasa del 150 por 100, es decir, 150 pesetas de gastos por 100 de ingresos. Este desnivel es aun mayor en las líneas no subvencionadas por el Estado.

El automóvil está á la orden del día y las compañías de ferrocarriles tendrán que recurrir á él cuando tengan interés en organizar trenes ligeros y frecuentes, trenes-tranvías, en una palabra, adoptados desde hace algunos años por ciertas grandes compañías para atender á necesidades especiales. — A. DUFAY.

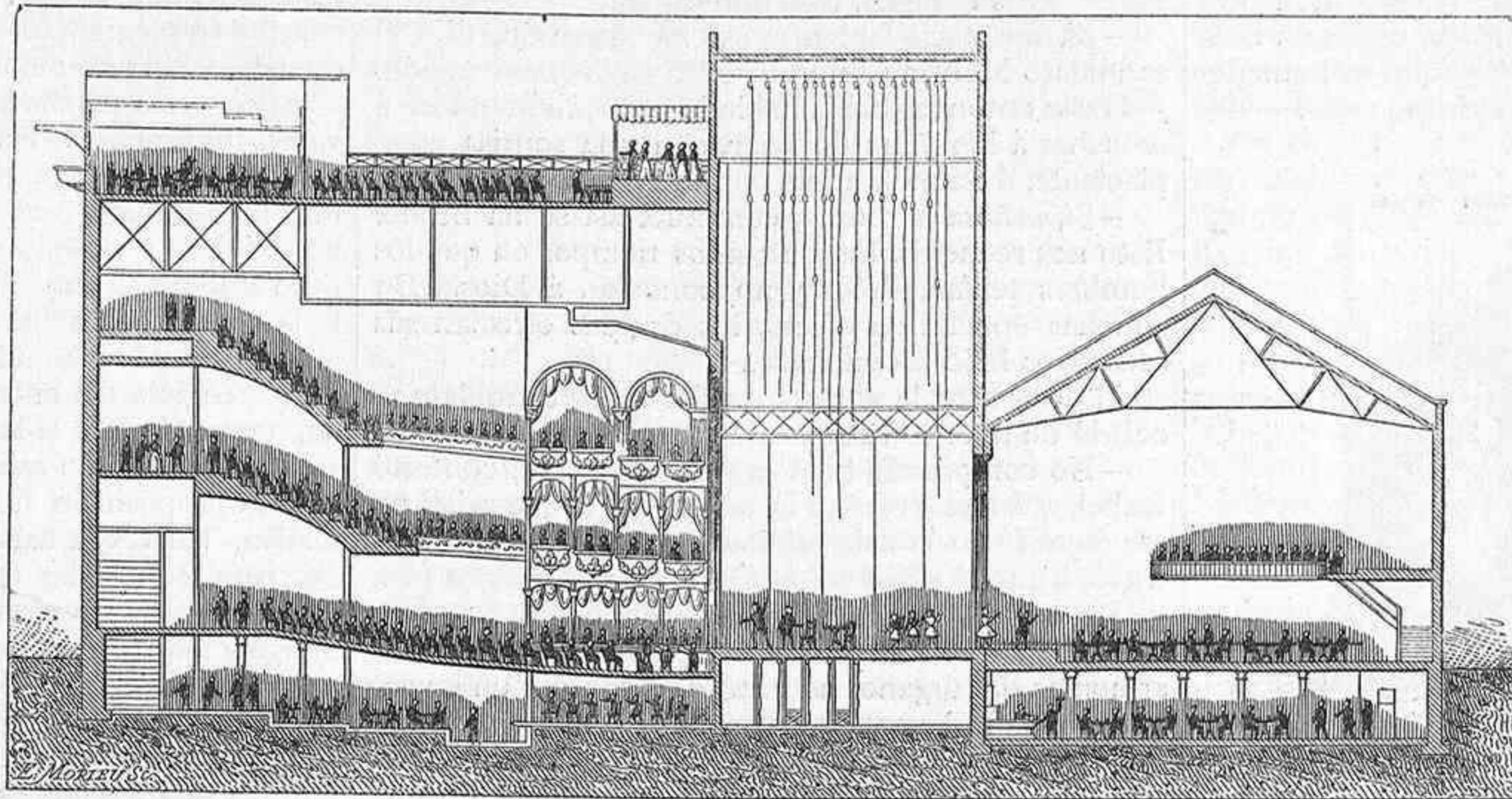


Fig. 1. - Sección longitudinal del teatro de dos plateas

cuando se trata de viajeros, este tren debe llevar por lo menos, además de los vagones á ellos destinados, una locomotora, un tónder y un furgón de equipajes. Este material resulta evidentemente exagerado en

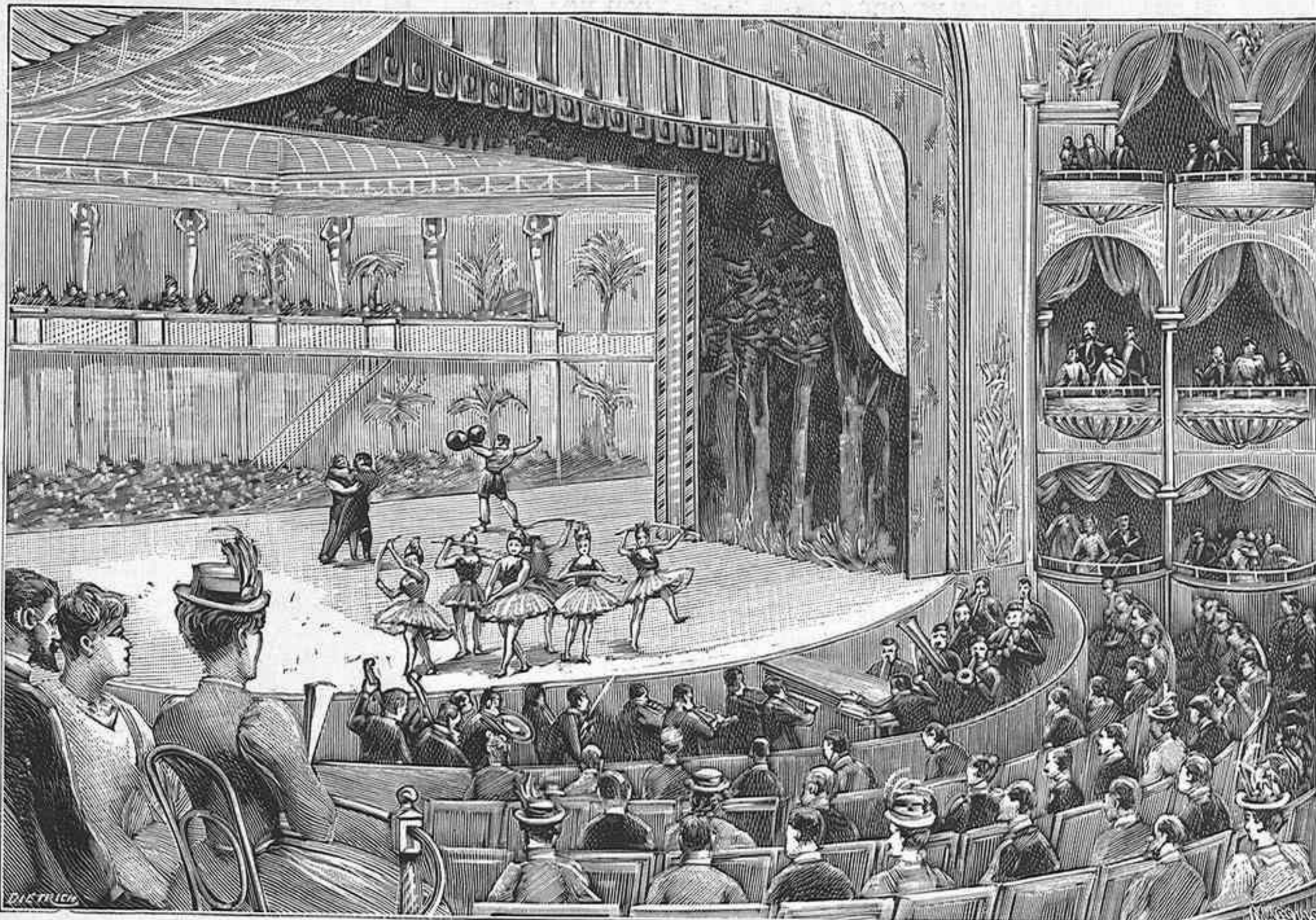


Fig. 2. - Vista en conjunto del teatro doble de Nueva York

dos plateas distintas: una de ellas es, como puede verse en la figura 1, la platea propiamente dicha; la otra es la nueva platea llamada *palmarium*, por las palmeras y plantas tropicales que la decoran, y está separada de la anterior por el escenario. El teatro primitivo no ofrece otra cosa de particular que el jardín y el café, situados en los subterráneos; en él se ven las grandes paredes del escenario, el telón, los escotillones, y á la derecha un espacio antes reservado á los cuartos de los artistas.

Para realizar la idea de hacer una doble platea, construyóse detrás del teatro propiamente dicho una vasta sala que se puso en comunicación con la anterior abriendo un gran arco en la pared del fondo: el piso del escenario, convenientemente sostenido, se prolongó en el sentido deseado y se le proveyó de todos los accesorios.

En un principio se intentó dar simultáneamente en estos dos escenarios representaciones que no se perjudicaran una á otra, y así se hizo durante el verano último, pero generalmente el telón correspondiente al *palmarium* permanece bajado y sólo se levanta durante los entreactos ó para ciertos espectáculos de acrobatismo, exhibición de animales, etc. Un corredor subterráneo siempre abierto pone en comunicación las dos plateas.

Esta es la primera vez que se ha intentado un experimento de este género, que de fijo ha tenido buen éxito en Nueva York, pero que difícilmente aceptarán los públicos europeos. — E. BOISTEL.

las líneas de interés local, que tienen escaso tráfico y no muy considerables ingresos.

Algo se simplifica este material empleando locomotoras-tónders y vagones mixtos con compartimientos

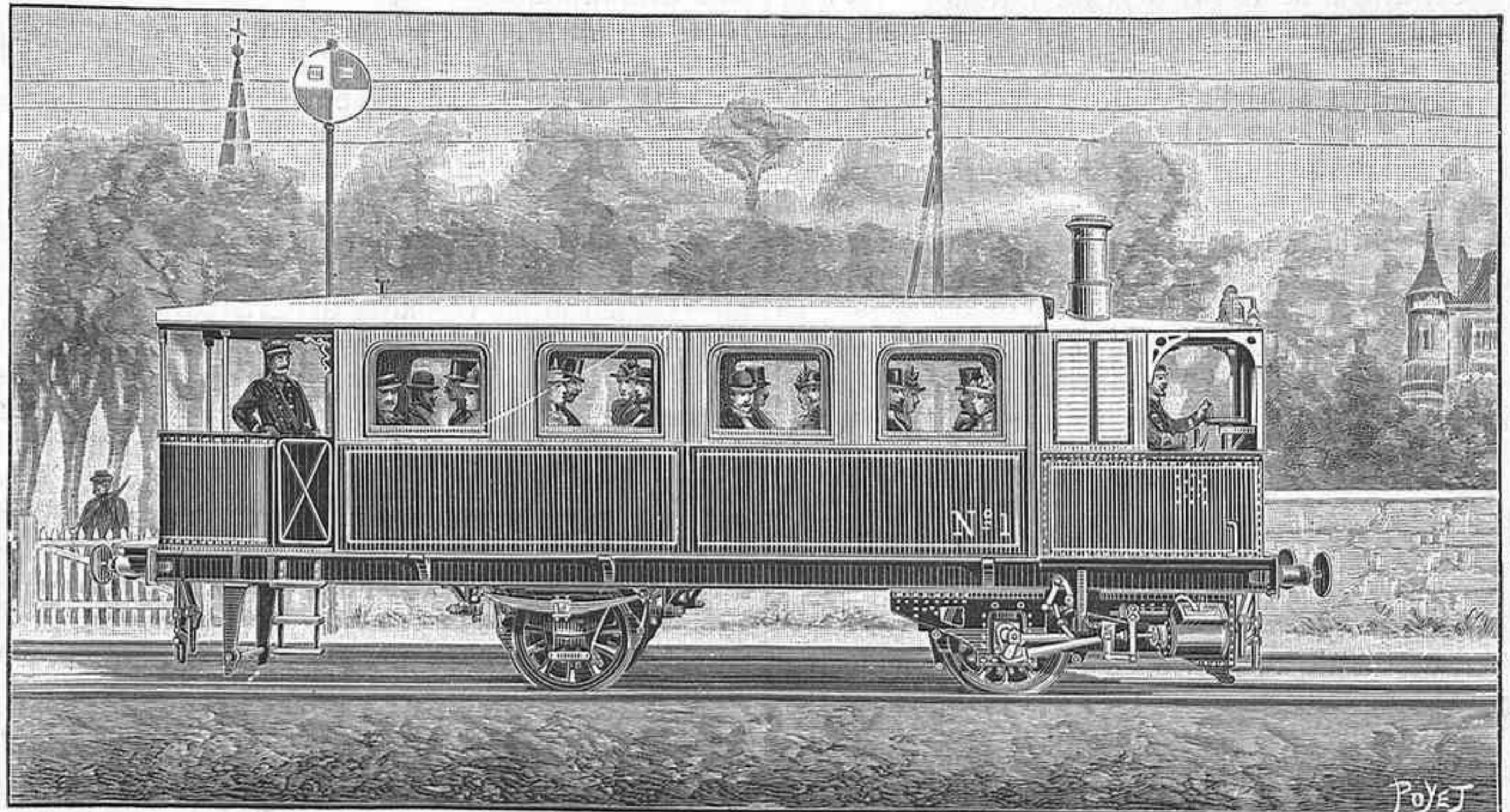


Fig. 1. - Vagón de ferrocarril automóvil, sistema Serpollet

UTILIZACIÓN

DE LAS CATARATAS DEL NIÁGARA

El *Electrical Engine* publica una nota de M. B. Rankine que da algunos detalles sobre la fuerza actualmente tomada de las cataratas, con su repartición.

La Compañía Niágara Falls Paper utiliza 7.200 caballos hidráulicos; Pittsburg Reduction C.º para la fabricación del aluminio, 3.050 caballos eléctricos; the Carborundum para la fabricación del carborundum, 1.000 caballos; Acetylene L. H. and P. C.º para la preparación del carburo de calcio, 1.075; B. and N. F. Electric Light and Power C.º para un alumbrado local, 500; Walton Ferguson para la preparación del clorato de potasa, 500; Niágara Electro-Chemical C.º para el peróxido de sodio, 400; B. and N. F. Electrical Railway tranvías locales, 250; N. F. and S. B. Railway C.º también para tranvías locales, 250.

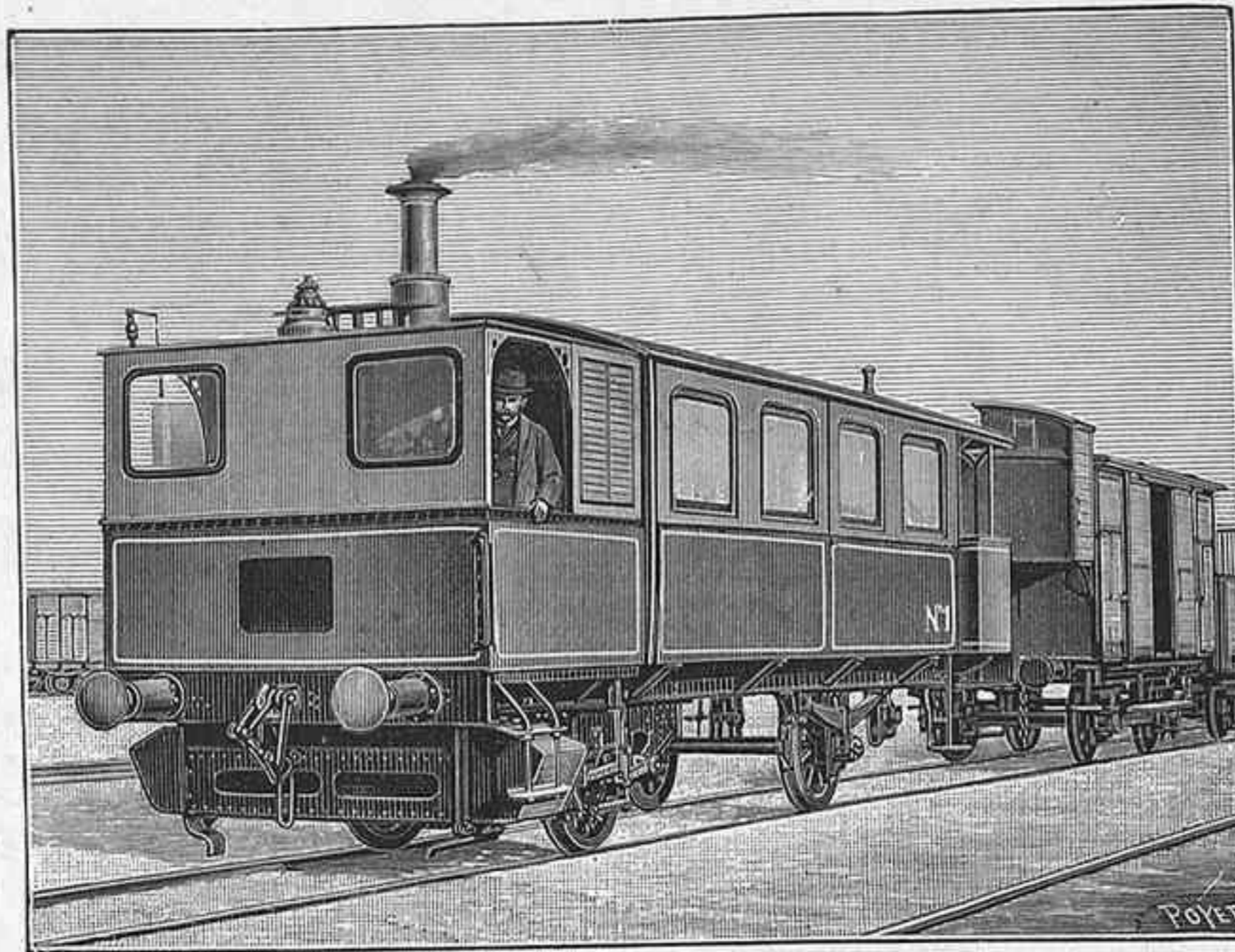


Fig. 2. - Vagón automóvil arrastrando un furgón ordinario de ferrocarril

Toda esta potencia está distribuída desde el 1.º de octubre de 1896. La Buffalo street Railway C.º utiliza 1.000 caballos desde el 15 de noviembre de 1896. L'Acetylene Light, Heat and Power C.º recibió 1.000 el 1.º de febrero de 1897, 1.000 el 1.º de marzo y recibirá 2.000 el 1.º de noviembre. La fábrica Mathison Alkali Works dispondrá el 1.º de junio de 2.000 caballos. En fin, el 15 de noviembre de 1897, la Sociedad dará 1.000 caballos á la Buffalo street Railway C.º y 3.000 á la Buffalo General Electric C.º para alumbrado.

La potencia eléctrica que debe distribuirse llega hoy á 18.025 caballos. Si se agrega á esto los 7.200 caballos hidráulicos para el Niágara Falls Paper C.º y 400 para MM. Albright y Wilson electro-químicos se llega á un total de 25.625 caballos. Se notará que esta utilización de las cataratas está destinada especialmente á las aplicaciones electro-químicas.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE LAS CAPSULAS DE APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 dispon casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTACION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES de la PRIMERA DENTACION
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 LA FARMACIA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D.º FRANCK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos.
 (Rótulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY y en todas las Farmacias.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor exito

Grazeas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grazeas de ERGOTINA BONJEAN
 HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grazeas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
 Medalla de Oro de la Sa^d de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

PAPEL WLINS
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Seine.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D.º CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1857 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
 ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
 VINO. de PEPSINA BOUDAULT
 POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de exito.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de abalotes, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

PILDORAS Y JARABE de BLANCARD
 con Ioduro de Hierro inalterable CONTRA la Anemia, la Pobreza de la Sangre, la Opilacion, la Escrófula, etc.
 Exíjase el Producto verdadero con la firma BLANCARD y las señas 40, Rue Bonaparte, en Paris.
 Precio: PILDORAS, 4 fr. y 2 fr. 25; JARABE, 3 fr.

SIMIENDE DE LINO TARIN
 Preparado especial para combatir con suceso Los Estreñimientos, Colicos, Bochorros y las Enfermedades del Hígado y de la Vejiga (Exigir la marca de «la Mujer de 3 piernas».)
 Una cucharada por la mañana y otra por la noche en la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche
 La Cajita: 1 fr. 30

POMADA FONTAINE
 Son sus efectos admirables contra el Sarpullido, Eczema, los Sabañones, las Almorranas, los Barros de la cara, la Inflamación de los parpados, Caspa y Caída del pelo. - Fricciones ligeras por la noche.
 El Boto: 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.

JABON FONTAINE Excelente auxiliar de la POMADA FONTAINE
 La Bola: 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.
 TARIN, Farmacéutico de 1^{ra} Clase, ex-interno de los Hospitales PARIS. - 9, place de Petits-Pères, 9, y todas las farmacias

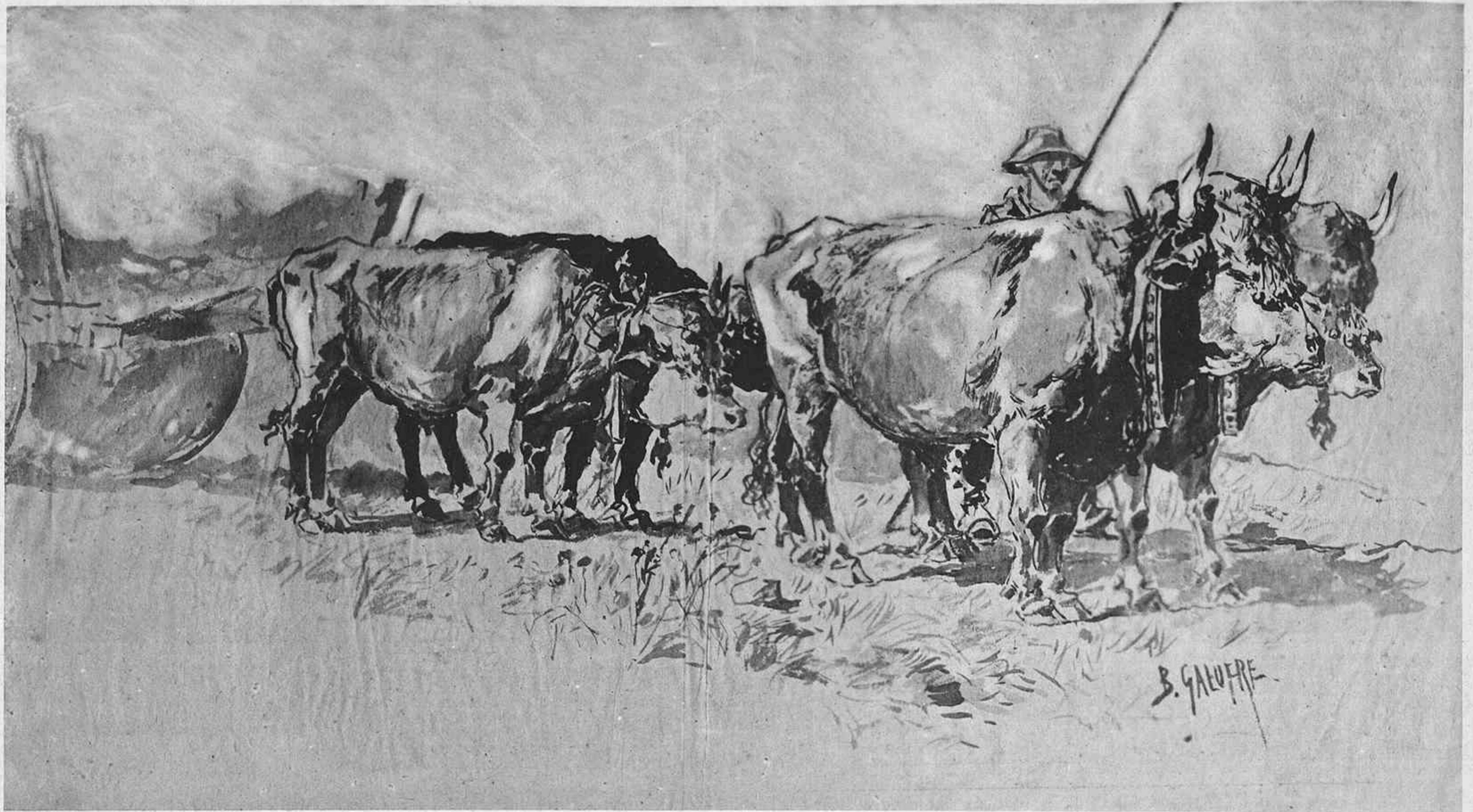
Las Personas que conocen las **PILDORAS DE DEHAUT DE PARIS** no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan cio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

MÈRE DE CHANTILLY
 ORLÈANS - FRANCE
UNGUENTO ROJO MÈRE
 CURACION RÁPIDA Y SEGURA DE LAS Cojeras - Alcance - Esguinces - Agriones Infiltraciones y Derrames articulares - Corvazas - Sobrehuesos y Esparavanes
 Los efectos de este medicamento pueden graduarse á voluntad, sin que ocasionen la caída del pelo ni deje cicatrices indelebiles; sus resultados beneficiosos se estendian á todos los animales.
BLACK MIXTURE MÈRE
 BALSAMO CICATRIZANTE
 Para toda clase de Heridas y Mataduras de los Animales.
 EN TODAS LAS DROGUERIAS

REMEDIUM de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata
 J. FERRÉ y C^{ia}, Vicos, 102, R. Richelieu, Paris.

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
 Depurativo SIMPLE. Exclusivamente vegetal Prescrito por los Médicos en los casos de **ENFERMEDADES CONSTITUCIONALES** Acritud de la Sangre, Herpetismo, Acne y Dermatitis.
 El Mismo con IODURO DE POTASIO Empleado como tratamiento complementario del ASMA, este medicamento es igualmente SOBERANO en los casos de Gota, Reumatismo crónico, Angina de Pecho, Enfermedades Especificas hereditarias ó accidentales, Escrófula y Tuberculosis. Folleto segun los últimos trabajos de MÉDICOS ESPECIALES.
 CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.

EL APIOL de los DRES JORET Y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS



UNA CARRETA SALAMANQUINA, dibujo original de Baldomero Galviera

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona.

VINO AROUD

MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MEDICOS.

DOS FÓRMULAS:

<p>I - CARNE - QUINA En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.</p>	<p>II - CARNE-QUINA-HIERRO En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.</p>
--	---

Estas dos fórmulas existen también bajo forma de Jarabes de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.

CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

Agua Léchelle

HEMOSTÁTICA. — Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de París, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa. — Depósito GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en París.

CARRERAS-CAZA

EMBROCCACIÓN MÉRÉ de Chantilly
INDISPENSABLE PARA FORTIFICAR LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLÉANS

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Espediciones: **J.-P. LAROZE & C^{ie}**, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Frasco 5 fr. en París

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOGES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Prepara y conserva el cutis limpio y terso

en París, 2, St-Denis, 16

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL

de JORET-HONOLLE

CURA LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

FR. BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS

Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

UNGUENTO ROJO MÉRÉ

DE CHANTILLY

CURACION SIN TRAZAS

DE LAS ENFERMEDADES DE LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS

FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLÉANS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS

PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA

VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

CEREBRINA

REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS y NEURALGIAS

Suprime los Cólicos periódicos

E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, en PARIS

La MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias

Desconfiar de las Imitaciones.

SALUD DE LAS SEÑORAS

APIOLINA CHAPOTEAUT

La Apiolina Chapoteaut que no debe confundirse con el apiol, es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la salud de las señoras.

Depósito en París, 8, Rue Vivienne

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis, 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN